

Selección TERROR

HERENCIA DE TERROR

BURTON HARE

Vince se llenó de aire los pulmones y sólo entonces captó el extraño hedor que reinaba en la estancia.

El hedor a moho, a tierra húmeda…

Se volvió poco a poco. No tenía más remedio que enfrentarse con aquella pesadilla.

La cama estaba revuelta de un modo espantoso; tan revuelta como lo que quedaba del cuerpo de Elinor.

Un cuerpo desgarrado, con profundas quemaduras que laceraban la carne de un modo espeluznante.

El rostro de Elinor había desaparecido. Ahora era una masa negruzca, chamuscada, en la que sólo quedaba la angustiosa y horrible mueca de la boca abierta.

Del cuerpo se desprendía un hedor nauseabundo que poco a poco iba borrando todo otro olor que pudiera haber en el aire. Vince retrocedió estremecido de horror.



Burton Hare

Herencia de terror

Bolsilibros: Selección Terror - 76

ePub r1.0
Titivillus 17.03.15

Título original: *Herencia de terror*
Burton Hare, 1974
Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

Vince Harvey dirigió una melancólica mirada a la máquina de escribir, a su revuelta mesa de trabajo ubicada en una esquina de la enorme estancia que era su estudio, y luego se volvió hacia los demás.

Los vio cómo saqueaban sus licores y se desparramaban sobre los divanes, almohadones esparcidos por el suelo o, simplemente, sobre la alfombra.

Los hombres y la mujer reían y hablaban desenfadadamente.

Vince suspiró. Tampoco esa tarde podría trabajar, y aunque eso no le preocupaba mayormente, sí le molestaba que le dejasen sin existencias alcohólicas.

—Está bien, pandilla de holgazanes —gruñó—. Terminad con el *whisky* y largo de aquí.

—¿De qué habla? —cacareó Rhoda, una rubia sobre cuyo cuerpo la escasa tela realizaba milagros para cubrir lo más imprescindible.

—Está en vena —dijo Johnny, un pintor que empezaba a tener éxito.

—Estoy harto de que tenga que pagar el *whisky* de toda la pandilla.

—¡Tacaño!

—*Emborronacuartillas* del demonio —rugió Fornos, un latino cuyas esculturas se vendían menos que una parcela en el Polo.

Vince buscó un vaso en alguna parte y lo llenó de hielo y *whisky*, dejándose caer en el extremo de un diván.

Rhoda atrapó un montón de cartas abandonadas sobre una mesita y las agitó en el aire.

—¡Eh, chicos! —vociferó—. ¡Aquí están los secretos de nuestro tacaño! Cartas de sus amantes…

—¡Y de sus acreedores! —rió Fornos. Vince Harvey dijo:

—Ni siquiera las abrí… y llegaron hace casi dos días. No me

interesa lo que la gente pretende endosarme.

—Aquí hay una que viene de Escocia.

Harvey enarcó una ceja y casi vació el vaso de un trago.

—No conozco a nadie en Escocia. Deben haberse equivocado.

—Está dirigida a ti —insistió la rubia—. Lleva unos sellos sensacionales… Voy a ver qué lío tienes en ese lugar lejano de donde vinieron algunos de nuestros antepasados.

—No tengo a nadie conocido allí —insistió Vince, volviendo a echar *whisky* sobre los restos del hielo.

La muchacha rasgó el sobre y empezó a leer la carta que contenía. Poco a poco fue poniéndose rígida y sus ojos chispearon.

Cuando terminó dijo:

—Vince tiene un castillo en Escocia.

—No tengo nada en Escocia.

—Tienes un castillo.

Fornos rugió:

—¡El gran tacaño tiene un castillo!

Johnny se levantó de un salto y empezó a danzar como un piel roja, cantando con entusiasmo:

—¡Vince tiene un castillo en Escocia! ¿Dónde está el castillo de Vince Harvey? ¡En Escocia está el castillo…!

Los demás se lanzaron tras él, danzando y coreando la cantinela.

Con todo el alboroto, la carta revoloteó en el aire hasta posarse suavemente en la alfombra.

Intrigado, Vince la recogió, pero fue absorbido por el torbellino de danzantes y obligado a seguir el ritmo demencial impuesto por el pintor, mientras seguían vociferando la improvisada canción.

De repente sonaron unos rotundos golpes en el suelo y el estupor les dejó inmóviles. Rhoda susurró:

—¡El fantasma del castillo!

—El vecino de abajo. Protesta de ese modo cuando se arma demasiado alboroto aquí…

—¡Lee el mensaje, Vince!

—Tienes un castillo.

—¡Un demonio tengo!

—Lee.

Leyó.

Y él también se quedó petrificado de estupor, porque aquella

carta era la notificación de su propiedad.

Había heredado un castillo en Escocia.

—Es una broma —dijo al fin—. Nunca supe que tuviera parientes en Escocia. A todo lo más que llegan mis recuerdos es a mi tío Harry, un borracho que murió de *delirium tremens* hace como un año… y murió aquí, en Nueva York.

—En todo caso es una broma de alguien que vive en Escocia… Déjame ver esa carta —dijo Rhoda.

Vince se la tendió y la rubia leyó el membrete:

—Archie Leffinger. Abogado. Notario. Procurador. Agente de Bienes Raíces… Nunca he oído que ningún procurador tuviera sentido del humor. Esto no es una broma, Vince. Eres propietario de un castillo en Escocia.

—¡Un castillo con fantasma incluido! —vociferó Johnny, enarbolando el vaso.

—Aquí no dice nada de ningún fantasma.

—Es igual. Tiene que haber un fantasma. ¡Tiene que haberlo!

—No seas idiota.

—Un castillo escocés sin fantasma no es un castillo. Y a lo mejor tienes suerte y es una linda fantasmita envuelta en una sábana. ¡Maldita sea, qué suerte tienes, escritorzuelo!

—Sigo pensando que se trata de una broma.

Volvió a leer la carta, y esta vez se convenció de que la cosa iba en serio. No había nada en ella que pareciera una broma ni remotamente.

En consecuencia, vació el vaso de un trago y miró a sus amigos con ojos azorados.

—De todos modos —murmuró—, no lo entiendo. Aquí está escrito que soy el heredero de ese castillo, que siempre perteneció a los Dan Ayers. Y yo me llamo Harvey… ¡Eh, un momento! —exclamó de pronto—. ¡Ya lo tengo… yo tuve un pariente que se llamaba Dan Ayers…!

—¡Ajá!

—Pero era un fulano medio loco que murió en las selvas brasileñas a principios de este siglo. Recuerdo que tío Harry hablaba alguna vez de él, pero eso es todo.

—Entonces no cabe duda. ¿Cuándo vas a ir a tomar posesión de tu herencia?

—No voy a ir hasta saber exactamente en qué consiste.
—¡Pero tú estás loco! —tronó Fornos.
—¿Y si se trata sólo de un montón de ruinas?
—Aquí dice que es un castillo, no las ruinas de un castillo.
—Además, los fantasmas no habitan en las ruinas —dijo Rhoda.
Vince encendió un cigarrillo y frunció el ceño, preocupado.
—No sé… todo esto suena a tomadura de pelo.
—Ya empiezan las preocupaciones de un propietario rural. ¿Por qué no me vendes tu castillo? —propuso Johnny.
—¿Por cuánto?
—Bueno… escarbando hasta el forro mis bolsillos podría pagarte por lo menos cincuenta y seis dólares con algunos centavos.
—No me conviene.
Tumbada sobre una butaca, la rubia agitó sus largas y magníficas piernas, gritando al mismo tiempo:
—¡Llévame contigo a Escocia, Vince!
Johnny dirigió una mirada a la muchacha y sacudió la cabeza.
—Tendrías que casarte con él —cacareó—. ¿O ibas a poner en entredicho tu reputación sólo por un castillo?
—¿Qué reputación? —Se asombró Rhoda.
—Olvídalo. No voy a ir a Escocia.
De pronto, Vince se quedó muy quieto. Sintió cómo si a su alrededor se hubiera producido un inmenso vacío, lo mismo que cuando uno se asoma a un abismo desde la cumbre de una montaña y contempla el mundo quieto extendido a sus pies.
Luego, alguien susurró:
—«Vendrás, Vince».
Sacudió la cabeza, estupefacto, y gruñó:
—¿Quién ha sido el idiota que dijo eso?
—¿Qué?
—¿De qué estás hablando?
Rhoda se enderezó, con lo cual sus muslos quedaron más o menos cubiertos por la diminuta falda y Johnny se quedó sin paisaje.
—Yo no dije nada —aseguró.
—Creí que… Bueno, no importa, me estáis volviendo loco con tanto embrollo. ¡Largo de aquí! He de trabajar.
—El último trago, Vince. Es lo menos que puedes hacer ahora

que eres terrateniente escocés.

Acabaron de vaciar la segunda botella y se fueron entre risas y comentarios, y bromas respecto a la insospechada herencia.

Vince se tumbó frente al inmenso ventanal desde el que se divisaba una impresionante panorámica de la ciudad, de sus azoteas, del bosque, de chimeneas y antenas de televisión, del laberinto multicolor de los anuncios luminosos.

Se le ocurrió pensar en la clase de paisaje que se divisaría desde el problemático castillo de Escocia… Prados verdes, bosquecillos de hayas y encinas, y robles, y una corriente de agua cantarina, y…

—¡Y un cuerno! —gruñó, encendiendo un cigarrillo—. No iré a Escocia hasta saber de qué se trata todo esto.

Intentó trabajar en el relato que estaba escribiendo, pero renunció ante la imposibilidad de coordinar las ideas. Salió a cenar y se sorprendió al darse cuenta súbitamente de que no podía alejar de su imaginación todo lo referente a la carta de Escocia.

Luego, extrañamente deprimido, se acostó y tuvo un sueño. Quizá fuera todo producto del mismo problema.

Era un sueño absurdo.

De una bruma oscura surgía poco a poco la silueta de un hombre ataviado como los nobles de la Edad Media. Ceñía espada y daga y cubría su amplio pecho una coraza que brillaba al herirla alguna extraña luz.

Pero lo horripilante de la imagen era que carecía de rostro.

Tenía el contorno, y los cabellos, largos y ensortijados. Pero no tenía cara, no poseía facciones. En lugar del rostro había sólo una mancha tan gris como la niebla que parecía envolverlo.

El caballero estaba rígido ante él y le miraba sin ojos. Vince sentía el fuego de esa mirada invisible penetrarle hasta las entrañas, buceándole el cerebro.

Y luego oía su voz, y era una voz ronca, profunda y tenebrosa que no brotaba de ningún lugar porque no había labios, ni boca, ni garganta en aquella horrible visión.

Y la voz repetía una y otra vez:

«¡Vendrás, Vince! Vendrás a Escocia, porque tú eres sangre de mi sangre, fuerza de mi brazo, aliento de mi muerte…».

Cuando despertó estaba bañado en un sudor frío que le obligó a tiritar sentado en la cama.

A través del ventanal, relampagueaba la tormenta que se había desatado de improviso sobre la ciudad. El bronco estallido del trueno estremecía las cristaleras.

A Vince Harvey se le antojó un presagio de mal agüero…

CAPÍTULO II

Johnny esquivó un autobús por milímetros y cacareó:

—Cuando estés instalado mándanos un telegrama y te haremos una visita, Vince. Palabra de honor.

El coche rodaba a buena velocidad rumbo al aeropuerto Kennedy, en medio del intenso tráfico de la tarde.

Rhoda, sentada atrás en compañía de Vince Harvey, dijo:

—Te echaremos de menos, Vince… Formábamos una buena pandilla todos juntos.

—No te pongas sentimental. Estaré de vuelta antes de que tengas tiempo de echarme de menos.

—No volverás… algo me dice que no volverás nunca.

—Tardaré sólo el tiempo justo de vender ese condenado castillo, o lo que sea.

Había pasado un mes desde la primera noticia que tuviera de su herencia. Durante ese tiempo se habían cruzado varios telegramas y algunas cartas entre él y el procurador, hasta llegar al convencimiento de que valía la pena realizar el largo viaje.

Fornos gruñó:

—No lo vendas hasta que hayamos podido pasar una temporada contigo por lo menos.

—Y si hay fantasma, puedes explotarlo como una atracción turística —rió Johnny, agarrado al volante.

—Voy a venderlo. ¿Qué infiernos puedo hacer yo con un castillo en Escocia? No puedo vivir allí. No creo que nadie pueda vivir hoy día en un castillo roquero.

—Sólo los fantasmas —insistió Johnny riéndose.

Rhoda se recostó contra Vince y le rozó la boca con los labios.

—Creo que podría enamorarme del propietario de un castillo.

—¡Niña! —rugió Fornos, sentado al lado de Johnny, en el asiento delantero—. Estoy viéndote por el retrovisor.

—¡Eres un fisgón!

Johnny sorteó hábilmente un embotellamiento de tráfico y aceleró. Vince consultó su reloj, refunfuñando:

—Vamos con el tiempo justo para tomar ese avión… no debí esperar tanto.

—Lo menos que podíamos hacer era acompañarte en la despedida.

De pronto, el coche dio un bandazo y se desvió peligrosamente, cerca de la entrada del puente. Johnny estaba muy quieto ante el volante, la mirada fija en algún punto indeterminado del parabrisas… sin dominar el volante.

Fornos dio un respingo.

—¿Qué demonios te pasa? ¡Cuidado!

Vince se enderezó, librándose de los brazos de la muchacha, alarmado.

El coche se subió al bordillo sin que Johnny hiciera nada para evitarlo. Era como si de repente se hubiera convertido en estatua.

Fornos se arrojó sobre él impetuosamente, tratando de dominar el volante. Lo consiguió demasiado tarde y el coche pegó de refilón contra una fachada, rebotó y acabó empotrando el morro en el quicio de una puerta, donde se detuvo.

Fornos maldecía como un condenado.

Vince se secó el sudor de la frente y miró a Rhoda, asombrado de estar vivo. La muchacha estaba pálida, pero encogiéndose de hombros dijo:

—Pudo haber sido peor…; si nos ocurre en el puente, vamos de cabeza al río.

Johnny, que había golpeado el volante al chocar, sacudió la cabeza y balbució:

—¿Qué… qué…?

La gente estaba apelotonándose alrededor del maltrecho vehículo, alguien abrió la portezuela y gritó:

—¿Hay alguien herido?

Johnny parecía despertar de un mal sueño.

—¿Qué pasó? —dijo.

—¡Idiota! ¿No lo ves? Por poco no nos has desnucado a todos.

—Alguien… alguien se interpuso…

—¡Nadie se interpuso en ninguna parte! —rugió Fornos,

apeándose—. Quedaste como dormido… ¿En qué demonios estarías pensando?

Vince y la muchacha saltaron al suelo también para apreciar los desperfectos.

Todo el morro del coche estaba aplastado y el radiador dejaba escapar el agua y el vapor por las grietas abiertas en el topetazo.

—Este coche no volverá a andar en mucho tiempo —vaticinó Fornos, indignado—. No comprendo lo que te pasó, hombre…

Johnny se reunió con él. Sus piernas temblaban.

—No comprendo… Vi a alguien delante del coche y tuve un susto de muerte… No sé quién era… Sólo me di cuenta de que había algo que se movía allí y ya no sé más.

—¿Qué bebiste antes de salir?

—Sólo un *whisky*.

Rhoda sacudió la cabeza.

—No discutamos más —dijo—. Hay que sacar este cacharro de aquí…

Se oyó una sirena, y las voces de los curiosos se ahogaron, y Vince miró una vez más su reloj.

—Voy a perder el avión —rezongó.

Los policías que llegaron quisieron saber al detalle lo sucedido, naturalmente. Sólo que no era fácil de explicar, porque el accidente había ocurrido en un tramo perfectamente recto, poco antes de entrar en el puente, y no había razón lógica alguna para que el coche se saliera de la calzada.

De modo que menudearon las preguntas, y las explicaciones, y Vince no pudo zafarse del embrollo hasta mucho después, cuando ya su avión debía haber despegado sobradamente.

Entonces tomaron un taxi, dejando a Johnny al cuidado del auto, y Rhoda murmuró:

—¿Viste qué le pasaba a Johnny, Fornos?

—No. Sólo se quedó idiotizado, con las manos flojas sobre el volante y eso fue todo. El taxi avanzaba ahora despacio porque el tráfico era muy denso.

—De cualquier modo me ha hecho un pésimo favor —murmuró Vince—. He perdido el avión y veremos qué ocurre con el pasaje…

—Ha sido algo muy extraño —la voz de la muchacha se volvió de pronto baja y preocupada—. ¿Tú crees que puede tratarse de eso

que llaman ausencia mental?

—Johnny es un tipo sano. Jamás he visto que hiciera nada absurdo como esto.

—De todos modos, estuvo a punto de matarnos.

—Yo estaba sentado a su lado y no vi a nadie interponiéndose en el camino del coche. Creo que es una excusa que se ha inventado para justificarse.

Cuando el taxi llegó al aeropuerto, el crepúsculo teñía de rojo el firmamento. Fornos miró alrededor y gruñó:

—Algo ocurre aquí…

Había una inusitada actividad en todas partes. Estaban llegando coches oscuros que se dirigían velozmente a las dependencias de control del aeropuerto.

Y autos cargados de fotógrafos y reporteros, que se desparramaban siguiendo a los primeros.

Johnny corrió al mostrador de TWA y le vieron hablar agitadamente con la bonita azafata, que trataba de explicarle algo.

Rhoda murmuró:

—Pues sí que ha elegido un buen día.

—Necesito un trago. ¿Me acompañas al bar?

—Espera que vuelva Vince. Hasta que pueda tomar otro avión habrá tiempo sobrado para beber.

Fornos se conformó de mala gana.

Se notaba una extraña tensión en el ambiente, como un sombrío presagio.

Vince volvió poco a poco. Estaba terriblemente pálido y parecía aturdido y desconcertado.

Rhoda exclamó:

—¿Qué te pasa, Vince?

—¡Muchacho! No me digas que acabas de ver anticipadamente el fantasma del castillo —bramó Fornos, haciendo que algunas cabezas se volvieran a mirarle. Vince sacudió la cabeza y balbució:

—Se ha estrellado…

—¿Qué?

—Mi avión.

—¡Vince! ¿Estás loco?

—Estalló en el aire…, sobre el mar, cinco minutos después de despegar…

—¿El avión que debías haber tomado tú?

—Sí.

Fornos y la muchacha se miraron consternados y estupefactos a un tiempo. Vince añadió:

—No creen que haya supervivientes. Han salido helicópteros de la armada y de la policía… Eso es lo que dice la azafata.

—¡Cuernos! Entonces, el accidente te ha salvado la vida.

—Eso parece.

—¡Le debes el pellejo a Johnny! —exclamó Fornos—. Si no hubiera estrellado el coche, ahora estarías muerto.

Se quedaron callados unos instantes, asimilando el hecho asombroso de aquella coincidencia.

Después, Fornos gruñó:

—Insisto en que necesito un buen trago.

Echaron a andar hacia el bar, donde algunos de los reporteros se habían reunido también.

Vince vació su vaso casi sin respirar y luego murmuró:

—Estoy considerando la conveniencia de anular este viaje… Puedo vender el castillo sin necesidad de ir a Escocia… El procurador podría ocuparse de todo.

—¿Eres supersticioso o qué?

—Por supuesto que no.

—Entonces, es absurdo lo que estás diciendo.

—¿Cuándo hay otro vuelo que puedas tomar? —preguntó Rhoda.

—Dentro de dos horas.

—No te queda mucho tiempo para decidir —dijo Fornos, al tiempo que llamaba al mozo indicándole que volviera a llenar los vasos.

Bebieron en silencio.

Poco después, alguien trajo la noticia de que la catástrofe se había debido a un sabotaje.

—Están casi seguros que una bomba estalló a bordo del DC 10, una bomba de tiempo —informó un reportero.

Vince Harvey se estremeció.

Una bomba.

Y a estas horas podría haber estado en el fondo del mar, convertido en pedacitos y sirviendo de cena a los peces.

Un mal negocio desde cualquier ángulo que se mirara. Rhoda susurró:

—¿Vas a ir a Escocia, sí o no?

Fornos dio la respuesta por él:

—¡Claro que irá a Escocia! Por lo menos debe darle un vistazo a su castillo antes de venderlo.

De pronto, Vince sintió un enorme deseo de conocer realmente el castillo, aquel lugar de Escocia donde sus antepasados vivieron y murieron, lucharon y amaron.

—Iré —dijo—. Aunque no espero nada extraordinario de esa herencia. ¿Quién diablos quiere comprar castillos en estos tiempos?

Fornos lo aprobó vaciando el vaso de un trago. Rhoda se empinó sobre las puntas de sus pies y le besó vorazmente en la boca.

Luego, Vince, pensativo, murmuró:

—Me gustaría saber qué fue que hizo aturdirse a Johnny de tal modo que estrelló el coche… para salvarme la vida.

Quizá si se hubiera detenido a pensarlo, no le hubiera gustado saberlo.

De cualquier modo que fuera, al cabo de unas horas Vince Harvey estaba volando sobre el mar rumbo a Escocia.

CAPÍTULO III

Después de aterrizar el enorme avión en el aeropuerto de Glasgow, pareció que el mundo se había vuelto gris y sombrío. Las nubes bajas flotaban sobre la ciudad y a Vince se le antojó que ese color gris era semejante al de una mortaja.

Un funcionario de uniforme revisó su pasaporte, otro trazó un signo cabalístico con tiza sobre su maleta y se encontró fuera de la aduana esperando turno para subir al autobús que debía trasladar a los pasajeros recién llegados hasta el centro de Glasgow.

Le chocó que el tráfico circulara al revés y pensó que conducir por la izquierda sería un problema para un forastero. Después lo olvidó al deslizarse el autocar por las calles atestadas y bulliciosas.

La inmensa catedral surgió de la creciente penumbra como un insólito monumento de un remoto pasado, casi tan remoto como los orígenes de aquel castillo por él cual estaba él tan lejos de su estudio.

Había planeado pasar unos días en esta ciudad, la segunda en importancia de Inglaterra, pero ese día tristón y amenazador le hizo desistir de su propósito, de modo que tras informarse del mejor modo para llegar a Bellater, un lugar a orillas del río Dee, se inscribió en un hotel y durmió toda la noche de un tirón.

A la mañana siguiente tomó el tren con destino a Aberdeen, donde llegó aburrido y cansado del largo recorrido. Comenzaba a estar arrepentido de haber emprendido el viaje y le invadía una suerte de desaliento que no le propició para apreciar las bellezas históricas de la capital del condado del mismo nombre.

Un taxi le condujo hasta las inmediaciones de la oficina del abogado que le escribiera aquella sorprendente carta. Estaba preguntándose cómo sería el tal señor Archie Leffinger mientras pagaba el taxi y daba un vistazo a la lóbrega fachada del edificio.

Era una casa con techumbre puntiaguda, ventanas de madera y

zaguán por el que habría podido pasar un camión holgadamente.

El policía uniformado que montaba guardia a un lado de esa enorme entrada parecía mucho más pequeño de lo que era en realidad, si uno se detenía a compararlo con el portal.

Vince atravesó la acera. El policía cambió el peso de su cuerpo de una pierna a otra y le observó fijamente.

—Busco al señor Leffinger —dijo Vince, deteniéndose—. Supongo que no me habré equivocado…

El policía se enderezó.

—¿Extranjero, señor? —dijo, amablemente.

—Americano.

—Ya veo… ¿Desea usted ver al señor Archie Leffinger, realmente?

—Seguro. Vengo expresamente desde Nueva York.

—Lo lamento mucho.

Vince se preguntó qué diablos era lo que el guardia lamentaba, si el hecho de que quisiera ver al jurisconsulto o que hubiera realizado tan largo viaje.

—No comprendo…, ni tenía idea de que en este país la policía custodiase las oficinas de los procuradores.

—Sólo aquellas donde el procurador ha muerto asesinado, señor.

—¿Qué?

—El señor Leffinger fue asesinado hace pocos días…, aunque será preferible que hable usted con el superintendente O'Reilly, señor.

Perplejo, Vince trató de adaptarse a la nueva situación.

—No creo que conduzca a nada práctico hablar con la policía. Mejor será averiguar quién se ocupa ahora de los asuntos del señor Leffinger…

—El superintendente O'Reilly se encuentra arriba, en el despacho. Le acompañaré.

Resignado, Vince subió las escaleras de madera escoltado por el policía.

El despacho del difunto abogado era espacioso. Había paneles de madera noble y vieja en las paredes, muebles que contarían sus buenos cien años de existencia y estanterías repletas de gruesos volúmenes.

También había dos individuos allí.

Uno era un hombre de sesenta años que estaba inclinado sobre montañas de papeles y legajos.

El otro contaría cuarenta años, era alto, delgado y vestía con sencilla elegancia. Tenía el aspecto de uno de esos típicos militares ingleses que aún no han podido digerir el hecho de haberse quedado sin colonias en las que acogotar indígenas, y la mirada que dirigió a los dos recién llegados no fue precisamente de bienvenida.

—¿Qué sucede, Sean? —gruñó, dirigiéndose al joven policía.

—Este caballero acaba de llegar de América, señor. Deseaba ver al señor Leffinger.

Eso pareció interesarle.

—¿Cuándo ha llegado usted, señor…?

—Harvey, me llamo Vince Harvey, de Nueva York.

—Ajá, de Nueva York.

Lo dijo en un tono como si él hecho de proceder de esa ciudad determinada fuera algo sumamente deshonroso.

—¿Qué sucedió con él? —quiso saber Vince.

—Le asesinaron. Por la espalda. Con un cuchillo.

—Es usted la claridad personificada —rezongó el escritor, ceñudo—. ¿Quién se ocupa ahora de los asuntos de Leffinger?

—Aún no ha sido designado… ¿Le importaría decirme el motivo de su viaje, señor Harvey?

Éste extrajo la carta recibida del abogado y dijo:

—Ahí tiene el motivo.

O'Reilly leyó despacio la misiva y enarcó sus pobladas cejas.

—Un castillo…, el castillo de los Dan Ayers. Curioso.

—¿Por qué es curioso?

—Olvídelo, amigo mío. ¿Sabe cómo le llaman a ese castillo en la región?

—No.

—Hellgate Castle.

—¿Y qué?

El superintendente suspiró.

—Piénselo —dijo, con una irónica sonrisa que erizó su poblado bigote.

—Hellgate Castle… ¡Cuernos! La Puerta del Infierno.

—Ni más ni menos. Hellgate… Umbral del infierno. No es un nombre muy alentador. ¿No le parece?

—Ni pizca. Pero eso importa poco. Voy a venderlo en cuanto haya legalizado la herencia.

—¿Le importa prestarme esta carta por un par de días, señor Harvey?

—No, en absoluto.

—Gracias.

El policía dobló cuidadosamente la hoja de papel y se la guardó en el bolsillo.

Luego, señalando al individuo que buceaba entre los incontables legajos esparcidos por todo el despacho, explicó:

—Este caballero es el señor Corday, pasante del difunto Leffinger. Está tratando de poner en orden todos los documentos que aparecieron desparramados después del crimen. Cuando encuentre el legajo referente a su herencia, podrá usted ultimar su negocio.

—Y en cuanto al castillo, ¿sabe usted en qué estado se encuentra?

—Muy bien conservado. Aunque para habitarlo habría que realizar cuantiosas inversiones, desde luego. Tengo entendido que no hay agua corriente, ni calefacción, ni…

—No voy a habitarlo —le interrumpió Vince, impaciente—. Iré a visitarlo y regresaré.

—No es nada práctico ir y venir… Si yo estuviera en su lugar, me quedaría en Bellater mientras se resuelve todo esto. Le enviaré toda la información que logremos reunir al respecto. El castillo queda a menos de dos millas del pueblo, y estoy seguro que Bellater le gustará. Es un lugar rústico, confortable y atractivo.

—No vine en plan turístico, superintendente. Quiero ultimar la venta y regresar a Estados Unidos. Tengo trabajo allí.

—Naturalmente… Bueno, era sólo un consejo.

De pronto, el pasante levantó la cabeza y murmuró:

—Hay un sirviente en el castillo, señor Harvey… Lo recuerdo bien. Se llama Lombard y cuida del parque y del edificio.

—¿Ha estado usted allí alguna vez?

—En dos ocasiones, acompañando al difunto señor Leffinger. Es un lugar en el que no me gustaría vivir…

—¿Por qué?

—No sabría expresarlo, señor.

Vince le contempló, perplejo. Acabó encogiéndose de hombros y preguntó:

—¿Cómo puedo llegar al castillo y a Bellater?

—Hay un autobús de línea, pero yo le aconsejaría que alquilase un coche, señor Harvey. Mucho más práctico e independiente.

—Sí, claro.

—Ahora, si me permite, he de continuar mi trabajo. Le veré en otra ocasión señor Harvey. Y permítame darle la bienvenida a nuestro hermoso país.

—Gracias.

Salió, rezongando por lo bajo.

Se arrepentía ya de haber salido de Nueva York.

Pronto iba a lamentarlo mucho más profundamente, y por motivos también mucho más graves…

CAPÍTULO IV

Boquiabierto, Vince contempló el castillo desde el mojón donde empezaba el camino que, encabritándose entre las peñas, serpenteaba hacia la fortaleza.

En verdad que era impresionante. Seguramente había sido reformado en distintas épocas, y lo que quedaba era esa mezcla gris y sombría de los palacios-fortaleza, con torres almenadas, muros amurallados, estrechas troneras y recargados ventanales con cristaleras de colores.

Enclavado sobre un promontorio, estaba rodeado de una inmensa extensión verde salpicada de robles. En eso había acertado al imaginarlo por lo menos.

Volvió al coche y emprendió la subida. El Morris carraspeó al escalar la pendiente. Frente al castillo se abría un jardín descuidado, enorme, sombreado por hayas gigantes.

Había temido que hubiera un foso en torno, y hasta un puente levadizo, pero en eso se equivocó. El gigantesco portalón de entrada se abría directamente en la fachada, y a él se llegaba por unos grandes escalones formados por pesadas losas de piedra gastada.

Estacionó el coche a un lado de esos escalones y los escaló casi a saltos hasta la puerta. Como si fuera un truco de magia, ésta empezó a abrirse antes de que hubiera llamado.

Vince sufrió un sobresalto, un tanto escamado.

Luego, su sobresalto se repitió al ver al individuo que empujaba la pesada puerta.

Era casi un enano de cabeza enorme. Sus ojos glaucos eran de un gris tan claro que apenas se distinguía el iris. Se le antojó la mirada de un pescado…

—¿Es usted Lombard? —balbució, impresionado.

—Sí. Y usted es el señor Harvey.

—¿Cómo puede saberlo?

—Sólo usted podía venir, señor.

—¿Se trata de una broma?

—Por favor, entre…

Vince avanzó y se quedó helado ante las colosales proporciones de lo que apareció ante sus ojos.

El vestíbulo, o lo que fuera aquella estancia, parecía la nave de una catedral. Gruesas columnas sostenían un techo abovedado. Al pie de cada columna había una armadura medieval de corazas relucientes, y grandes tapices colgaban en las paredes de piedra.

Los muebles eran escasos y estaban muy limpios. Muebles de una época lejana, casi tan lejana como la de las armaduras.

—Tengo una maleta en el coche…, aunque mejor será dejarla allí —dijo, decidiéndose—. Me alojaré en Bellater.

El sirviente se quedó rígido.

—¿En Bellater, señor? —protestó—. Pero yo había preparado sus habitaciones aquí. Le aseguro que son cómodas y caldeadas.

Vince dudó. La grandiosidad del decorado que le rodeaba le impresionaba a su pesar, haciéndole sentir un complejo de inferioridad, o de pequeñez ante aquellas colosales dimensiones.

—Está bien —accedió—. Pasaré la noche aquí y mañana ya veré lo que hago.

—Llevaré su equipaje a sus habitaciones, señor.

—Un momento. Necesito hablar con usted, Lombard.

—Como usted quiera, señor.

—Para empezar, olvide todo este lío del tratamiento. Me llamo Vince Harvey y voy a estar muy poco tiempo aquí, así que mejor que nos entendamos desde el principio.

—Señor, no comprendo…

Suspiró resignadamente.

—Está bien, olvídelo.

—Por aquí, señor. Supongo que deseará descansar.

—No estoy cansado, Lombard.

—Le acompañaré al salón y prepararé el té.

—¿Té?

—Si prefiere cualquier otra cosa…

—Estamos en Escocia. Lo menos que puedo hacer es saborear un buen *whisky*.

—¿A estas horas, señor?

—¿Qué diablos le escandaliza?

—Como guste, señor.

Casi divertido, Vince siguió al contrahecho individuo hasta el fondo del inmenso vestíbulo. Pasó una puerta, subió cinco peldaños de piedra y desembocó en otra estancia. De nuevo se quedó boquiabierto. No tenía nada que envidiar al vestíbulo en cuanto a dimensiones y altura, sólo que aquí había una balaustrada a mitad de altura de la pared. Detrás de la galería se abrían algunas puertas, y bajo ella se alineaban centenares de grandes volúmenes polvorientos. Al otro lado, las estanterías contenían libros más modernos.

Una enorme chimenea ocupaba casi la mitad de uno de los laterales. Había huellas de ceniza en ella, y un montón de bien ordenados troncos secos al lado.

—El señor Dan Ayers gustaba de leer cerca del fuego, señor.

—¿Cuándo murió?

—Hace tres meses, señor.

—Más tarde hablaremos de él…

—Prepararé la lumbre, señor. Las noches son frescas aquí.

—Ocúpese del *whisky* primero. Yo encenderé el fuego.

El sirviente le miró perplejo, pero asintió con un leve movimiento de su enorme cabezota y se fue, dejándole solo.

Vince paseó la mirada en torno, por los cuadros antiguos que colgaban de las paredes, las armas colocadas entre los cuadros como un rancio motivo más de decoración. Pensó que algún día examinaría aquellos viejos volúmenes de aspecto noble encuadernados en piel.

Seguidamente se dedicó a encender el fuego en la chimenea.

Se sorprendió de la confortable sensación que esta tarea le producía. Después, cuando las llamas se alzaron, crepitando, un extraño bienestar le invadió.

Después de todo, no era tan descabellado sentarse ante la lumbre para leer todo aquel inmenso saber encerrado en los libros…

Se hundió en un gran sillón de cuero. Al lado tenía una mesita de roble viejo con una lámpara, una caja de tabaco, un estuche de cerillas, un pesado cenicero de bronce y un viejo libro cerrado.

Tomó el libro y lo abrió.

Era un tratado de heráldica antigua.

Volvió a dejarlo y abrió la tabaquera. Estaba repleta de cigarrillos. Tomó uno por curiosidad y se quedó perplejo al descubrir que era de su marca preferida.

¡Tabaco americano! Apenas podía creerlo.

Lo encendió y, recostándose en el cómodo respaldo, se quedó mirando la danza de las llamas completamente relajado.

De pronto tuvo la sensación de que era observado.

Fue un desagradable cosquilleo en la nuca, como el producido por unos ojos fijos en uno.

Se levantó de un salto, volviéndose al mismo tiempo.

Tuvo el tiempo justo de ver esfumarse una fugaz visión blanca arriba, en la galería que había a la altura de un primer piso.

Alguien había estado espiándole desde allí. Fue a la puerta y gritó:

—¡Lombard!

El enano acudió poco después cargado con una bandeja en la que tintineaba el hielo, una botella y un vaso y una jarra con agua.

—Olvidé indicarle dónde están los timbres de llamada, señor.

—Olvídese de eso ahora. ¿Quién más vive aquí?

—No comprendo, señor…

—He visto a alguien arriba, en la galería. ¿Quién es?

Lombard achicó los ojos y pareció muy sorprendido.

—Debe haberse equivocado, señor. Sólo yo cuido del castillo. No hay nadie más.

—Está mintiendo, Lombard, y me gustaría mucho saber por qué. Estoy seguro de que he visto a alguien desapareciendo por un extremo de la galería cuando me he vuelto, hace un par de minutos. Alguien vestido de blanco…, y le advierto que no creo en fantasmas.

—No lo comprendo, señor.

Vince le miró, ceñudo.

Aquellos ojos de pescado no expresaban nada. Era un mirar vacío, como si ante aquellas pupilas no hubiera nada ni nadie.

—Todo esto comienza a interesarme —rezongó—. Pero si descubro que alguien pretende burlarse de mí, le advierto que tengo muy mal carácter, Lombard.

El sirviente inclinó la enorme cabeza y no dijo una palabra.

Procedió a servir el *whisky* con extrema eficiencia, dejándole a Vince la tarea de añadir el agua que deseara.

Éste gruñó:

—Otra cosa, Lombard. ¿Quién trajo esos cigarrillos?

—¿No son de su gusto, señor?

—Son de mi marca preferida, por supuesto. Pero eso no podía saberlo nadie aquí… hasta ahora.

—No debería sorprenderse, señor. Deseamos que se encuentre usted cómodo, confortable…

—¿Deseamos? —estalló el escritor—. Esto es más que sorprendente. ¿Usted y quién más?

Por primera vez, el sirviente pareció un tanto desconcertado. Luego, murmuró:

—Temo que me expresé impropiamente, señor… Quise decir que lo deseaba el señor Dan Ayers. A menudo hablaba de usted, y supongo que haría algunas averiguaciones antes de redactar su testamento.

—Él no podía conocerme…

—Se equivoca. Hablaba de usted como de alguien muy cercano, allegado a él…

—Tonterías.

Tomó el vaso y probó el *whisky*. Era el mejor que nunca bebiera.

—Deje la botella y veamos esos timbres.

El sirviente le indicó dónde estaban.

—Los hay en todas las dependencias habitadas del castillo, señor —explicó.

—¿Quiere decir que hay muchas otras que nadie visita nunca?

—Naturalmente… El castillo es inmenso. El señor Dan Ayers instaló sólo electricidad en la parte habitada.

—Comprendo. Gracias, Lombard.

Al quedar otra vez solo, tenía ya otras cosas en que pensar.

Atizó un poco el fuego. La leña seca crepitó alegremente y un surtidor de chispas se elevó chimenea arriba.

Encendió otro cigarrillo y, sirviéndose otro *whisky*, se sentó.

A la mañana siguiente realizaría un detallado recorrido del colosal edificio. Pero ahora empezaba a darse cuenta de que venderlo no iba a ser una tarea fácil ni mucho menos… Nadie en su sano juicio invertiría dinero en una propiedad semejante. Sólo para

mantenerla se necesitaría una fortuna…

De vez en cuando dirigía fugaces miradas a la elevada galería, pero ya no pudo volver a ver nada sospechoso allá arriba…

CAPÍTULO V

Había cenado solo en una inmensa mesa que se le antojó tan grande como la cubierta de un acorazado.

Un fúnebre candelabro ardía sobre ella, pero una lámpara eléctrica estaba encendida en un rincón del enorme comedor.

También en él ardía el fuego en una chimenea.

Y también aquí el techo era altísimo; tanto que la luz no llegaba a despejar las sombras en lo alto.

El enano iba y venía. Y no cabía duda de que era un excelente cocinero. Sin embargo, Vince dijo:

—No quiero volver a comer en este lugar, Lombard. Es demasiado grande todo, empezando por la mesa. Comeré en la biblioteca o en cualquier otro sitio más reducido.

—Muy bien, señor.

El sirviente se llevó los platos y Vince encendió un cigarrillo.

Empezaba a saborearlo cuando en alguna parte resonó un sonoro carillón. Un minuto después, el enano apareció, tan inexpresivo como de costumbre.

—Acaba de llegar la señorita Elinor, señor.

—Bueno, ¿y quién es esa dama?

—Si no estoy equivocado, se trata de una prima lejana del señor.

—Sorprende. Acabará por aparecer toda una familia.

—Solía visitar a menudo al señor Dan Ayers, señor. Se llama Elinor Ayers.

—Bien, no la hagamos esperar.

Elinor Ayers era una mujer a la que era necesario mirar dos veces para asegurarse de no sufrir una alucinación.

Alta, de cuerpo erguido, fina cintura y ampulosas caderas, sus largas piernas podrían haber competido con las de cualquier modelo profesional.

Vince enarcó las cejas al verla. Y la miró dos veces, por

supuesto.

—De modo que tú eres más o menos pariente mía —comentó, saliendo a su encuentro. Ella le tendió la mano, sonriendo.

—El viejo hablaba de ti algunas veces, Vince Harvey —dijo, con una voz sensual, tibia como una caricia—. Pero yo no te imaginaba tan joven ni tan…, esto…, atractivo.

—Gracias. Eso debiera haberlo dicho yo de ti.

—Ya lo dijiste.

—¿Qué?

—Con tus ojos. Sé leer en los ojos de los hombres.

—Si eso es cierto, debes sonrojarte muchas veces.

De nuevo la muchacha se echó a reír.

—Todo un americano —comentó después—. El nuevo propietario de esta monstruosidad… ¿Qué impresión te ha causado, Vince?

—Concretamente no lo sé. Aún no he podido salir de mi asombro. Tampoco he comprendido si existen fantasmas o no. Con fantasmas incluidos, supongo que el precio del castillo aumentará.

—Yo nunca he visto un fantasma, aunque el viejo imagino que creía en ellos. ¿De veras piensas venderlo, Vince?

—Claro. No puedo llevármelo a Nueva York.

Ella asintió.

Vince dijo:

—Aclárame qué parentesco es el que nos une.

—Yo era nieta del viejo…

—Supongo que por viejo te refieres al difunto Dan Ayers…

—Ciertamente.

—Bueno, ¿y conmigo?

—Tu padre creo que fue primo segundo del mío.

—¡Qué lío, querida prima! ¿Puedo llamarte así o no?

—Da igual, aunque yo prefiero Elinor.

—Elinor… Bueno, todo esto es un lío para mí. Como también es un embrollo que me hayan dejado esta herencia a mí. Tú estabas aquí, eras pariente mucho más próxima al viejo Dan Ayers… Tenías más derecho que yo.

Ella sacudió la cabeza.

—Imposible —exclamó—. Sólo pueden heredar los descendientes varones de los Dan Ayers, no importa cuán lejano sea

su parentesco.

—Eso no tiene sentido.

—Aquí, sí. Se trata de una vieja ley que nunca ha sido reformada.

—Bien, si tú lo dices…

—¡Claro que lo digo! Además, y por lo que sé, tú eres el último varón vivo de la familia.

—Eso no suena muy bien que digamos… El último varón… vivo.

Se estremeció.

—Voy a pasar la noche aquí —decidió la muchacha alegremente, sentándose ante el fuego—. Y aunque te sorprenda, será la primera vez que lo hago.

Él enarcó las cejas.

—¿Nunca antes te quedaste por las noches?

—El viejo siempre lo impidió. Decía que quería estar solo… Nunca comprendí por qué. Pero contigo esto es diferente. Además, es muy tarde para regresar a Bellater.

—¿Vives en el pueblo?

—Bellater no es un pueblo… Pero comprendo que alguien que viene de Nueva York considere un pueblo cualquier cosa que no sea por lo menos tan grande como Londres.

—¿Quieres beber algo, Elinor?

—Lo mismo que tú…

—Entonces pediré otra copa. Es un coñac francés excelente…

Lombard apareció al minuto de haber pulsado el timbre. Dirigió una aguda mirada a la muchacha y luego esperó.

—Traiga otra copa para la señorita, Lombard. Y prepare una habitación para ella. Va a quedarse esta noche.

El hombrecillo se sobresaltó.

—¿Va a pasar la noche en el castillo, señor?

—Eso dije.

—Pero el señor Dan Ayers no quería que…

—De acuerdo, eso ya lo sé. Pero ahora ese caballero no está aquí, de modo que haga lo que le dije.

El enano pareció titubear aún, pero acabó asintiendo con aquel gesto acostumbrado de su gran cabeza y salió.

—Ese hombre encajaría bien en una película de terror —comentó Vince, disgustado.

—Era extremadamente fiel al viejo. Estuvo con él muchísimos años…

Lombard regresó con la copa pedida y volvió a retirarse sin pronunciar una palabra. Cuando hubo salido, Vince dijo.

—¿Siempre vivieron ellos dos solos aquí? ¿Nunca hubo otra servidumbre?

—Hasta donde alcanzan mis recuerdos, no. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada concreto…, pero pensé que había alguien más en el castillo. Él solo no puede tener todo esto en orden y limpio.

—Sólo se ocupa una parte reducida de esta fortaleza. El resto no ha sido habitado creo que desde hace dos siglos o algo así.

Elinor dejó escapar una risita y, sentándose en una butaca, estiró sus largas y hermosas piernas, mientras Vince se ocupaba de servirle el aromático coñac francés.

Brindaron en silencio y luego ella comentó:

—Creo que no tardarás en recibir otra visita, Vince…

—¿De veras?

—Otra primita tuya. Y mía, dicho sea de paso. Por lo menos, imagino que es tu prima también. Se llama Pauline y estoy segura que tratará de seducirte.

—Eso me interesa. Háblame de ella.

—¿Te interesa la posibilidad de ser seducido por una mujer?

—Es una de las cosas que más me atraen, desde luego. Aunque por lo general prefiero seducirlas yo.

Elinor volvió a reír. Tenía una risa fácil y profunda.

—Pauline te gustará. Tiene hermosas curvas, boca generosa y jamás vacila cuando un hombre le entusiasma.

—¿Y tú crees que yo la entusiasmaré?

—Estoy segura.

—¿Se parece a ti?

—¿Por qué lo preguntas?

—Sólo para tener una idea de lo que me espera.

—Bien, digamos que somos parecidas en cuanto a proporciones anatómicas.

—¿Y en cuanto a la otro?

—¿Qué es lo otro?

—Esto…, la fogosidad amatoria, por decirlo de alguna manera.

Elinor sonrió.

—Eso espero que lo descubras por ti mismo, primito…

—Ajá, éste es un juego que también me entusiasma. Brindemos por ti, linda.

Bebieron y él encendió un nuevo cigarrillo.

Eso le hizo recordar y murmuró:

—Es extraño cómo el viejo Dan Ayers pudo saber mis gustos…

—¿A qué te refieres?

—Al tabaco. Encontré esta tabaquera llena de mis cigarrillos preferidos.

Ella enarcó las cejas.

—El viejo no sabía nada de ti —aseguró—. El notario se volvió loco para encontrarte…

—¿Estás segura?

—Por supuesto. Nos preguntó a todos los que teníamos alguna relación con el castillo y con Dan Ayers. Consiguió localizarte casi por casualidad.

Vince quedó un tanto pensativo. Comenzaba a darse cuenta de que había muchas cosas a su alrededor que no comprendía.

Oyó la voz de la muchacha y reaccionó.

—¿Qué decías?

—¿En qué pensabas? Estaba hablándote de tu herencia.

—¿Del castillo? Te juro que al principio pensé que era una broma.

—Al castillo y todo lo demás.

—¿Qué es todo lo demás?

—Las tierras de alrededor, y el dinero, por supuesto.

Él se enderezó.

—¿Dinero? No sé que haya ningún dinero.

—¿Es que no leíste el testamento?

—Espera un minuto… ¿Quieres decir que además del castillo he de heredar dinero?

—Naturalmente… El viejo era rico por lo que yo sé.

—No he visto el testamento aún. ¿Es que ignoras la muerte del abogado que llevaba los asuntos de los Dan Ayers?

—¿El viejo señor Leffinger?

—Sí.

—No sabía… ¿Cuándo murió?

—Exactamente lo ignoro, pero hace ya días. Encontré a la policía revolviendo en su despacho. Le asesinaron.

—Qué cosa tan desagradable…

—He de esperar que se pongan en orden sus documentos, o a que encuentren el testamento para saber a qué atenerme. Aunque en la carta que recibí, Leffinger sólo mencionaba que este castillo pasaba a ser de mi propiedad… Claro que añadía que esperaba mi llegada para leerme el testamento.

—Seguro que habrá dinero también. Mucho dinero. Lo cual te convierte en un excelente partido para una chica…, una chica así como Pauline.

—¿Por qué no para ti?

—Eso, ¿por qué no para mí? Adoro la riqueza…, y soy pobre, de modo que piénsalo —terminó, riendo.

—Creo que intentaré averiguar cuál es tu verdadero temperamento amoroso, querida prima.

—Resultará emocionante.

Bebió el resto del coñac y abandonó la copa sobre la mesita.

Él las llenó otra vez. El fuego languidecía y durante unos minutos se dedicó a reavivarlo, con lo que de nuevo se esparció el calor en torno a ellos.

Arriba, en la galería, una puerta chirrió. Fue sólo un segundo, pero ambos levantaron la cabeza. No había nadie a la vista. Debía tratarse de Lombard.

Sólo que el enano apareció en la puerta cuando todavía estaban tratando de distinguir cuál de aquellas puertas se había movido.

—He preparado la habitación de huéspedes, señorita Elinor. Encendí la chimenea para que se caldeara.

—Gracias.

—Ya conoce usted el pasillo, señorita. La suya es la segunda de la derecha.

Se retiró. Vince gruñó:

—Ese tipo me da dentera… ¿Qué quiso decir con eso del *pasillo*?

—Sólo están habilitadas las habitaciones de uno de los pasillos de la primera planta. La del viejo era la del fondo. Supongo que ahora será la tuya.

—Aún no lo sé.

—Habrás de preguntarle a Lombard. Se escandalizaría mucho si

en lugar de la tuya eligieras mi habitación para acostarte esta noche.

Lo dijo riendo, pero en su voz había una cualidad invitadora, profunda, que despejó muchas de las dudas que él pudiera tener.

—Estás jugándote tu reputación —comentó.

—Mi reputación es sólo mía, como dice Pauline algunas veces. Iré a acostarme ahora, Vince. Es ya muy tarde para mis costumbres.

—Está bien, nos veremos por la mañana…

Ella se acercó mucho a él, y súbitamente aplastó los labios contra su boca.

Fue un beso fugaz, brevísimo. Pero lo que Vince sintió en aquel instante fugaz no fue nada parecido a sentimientos fraternales o de parentesco.

—Buenas noches, primito…

Y se fue.

Vince se quedó aún, fumando y pensando. No estaba muy seguro de lo que debía hacer con aquella mujer, ni lo que podría ocurrir si se precipitaba…

Cuando llamó a Lombard para que le acompañase a su propio cuarto era casi medianoche. Sobre el castillo flotaba un silencio inmenso, profundo como una masa más sólida que pudiera palparse con las manos.

CAPÍTULO VI

Elinor abrió los ojos y los fijó en la oscuridad del techo.

No sabía cuánto tiempo había transcurrido desde que se acostara. Poco, quizá.

Sin embargo, el fuego en la chimenea estaba casi totalmente extinguido. Sólo brillaban algunas pequeñas brasas mortecinas que no tardarían en extinguirse también.

Debía haber dormido más de lo que imaginaba.

Trató de comprender qué la había despertado. Quizá hubiera sido su propio deseo, de no haber estado tan profundamente sumida en el sueño.

No era sólo el deseo. Algo la había despertado. Entonces lo oyó otra vez.

El seco crujido de la puerta al cerrarse suavemente. Sonrió en la oscuridad.

De modo que él había acudido después de todo. Por una vez, Pauline iba a quedar chasqueada.

Oyó una tabla del suelo emitir un leve gemido y luego algo semejante al furtivo roce de unos pies.

La habitación estaba en completas tinieblas y el silencio en el castillo era total y absoluto.

Así le pareció escuchar un ahogado jadeo, algo semejante a un quejido.

—¿Vince? —susurró.

No obtuvo respuesta.

—¿Te gusta jugar de ese modo? —Siguió, con la voz apenas convertida en suspiro—. No sabía que en América estas cosas se hicieran así…

Tampoco le replicó nadie. No obstante, ahora estaba segura de haber escuchado el jadeo de alguien que estaba muy cerca, alguien que tal vez contenía la respiración.

—¿Vince? Ya deja de jugar al escondite y ven… Estuve esperándote despierta mucho tiempo, antes de quedar dormida. ¿Me oyes? Incluso me atavié con un camisón que te hará soñar cuando lo veas… Vamos, ven… Enciende la luz.

Oyó el roce de los pies.

Y un largo suspiro que se fundió en el silencio.

—¿Prefieras la oscuridad, querido? —musitó.

Un peso hizo crujir la cama.

Él se había sentado a su lado.

—¡Vince, has venido! —jadeó—. ¿Por qué no hablas, amor?

La cama crujió de nuevo cuando aquella cosa se movió.

Después, unas manos tantearon la negrura hasta posarse sobre su cuerpo. Elinor dio un respingo.

Eran unas manos frías como el hielo. Y ásperas.

Y ese olor a moho…

Y de pronto las manos ya no eran frías, sino que ardían…, ardían sobre su carne con todo el fuego del infierno.

Entonces gritó.

* * *

Vince despertó sobresaltado.

De nuevo resonó en la quietud el bestial alarido, que pareció estremecer hasta los pétreos muros del castillo.

De un brinco estuvo fuera de la cama, tanteando hasta hallar el interruptor de la luz. Lo apretó frenéticamente, pero todo continuó a oscuras.

Maldijo entre dientes, buscando sus zapatillas.

El alarido vibró una vez más, largo, prolongado, agónico, como si quien lo lanzaba estuviera sufriendo los tormentos del averno.

—¡Elinor! —jadeó.

Olvidándose de las zapatillas, echó a correr hacia la puerta.

Se dio tal trastazo contra un mueble que por unos segundos preciosos quedó paralizado de dolor, entumecidas las piernas y temblando.

Luego, abrió la puerta y salió al pasillo.

—¡Lombard! —rugió.

Probó los interruptores del pasillo, pero tampoco las luces se encendieron.

Se precipitó pasillo adelante, tratando de recordar cuál era la habitación de la muchacha… Recordó que Lombard había mencionado la segunda puerta…

Se detuvo cuando escuchó el horrible aullido, roto bruscamente. Luego, el violento agitarse de un lecho que crujió como si fuera a romperse…

Sonaba a su izquierda.

Tanteó la pared, rugiendo otra vez:

—¡Lombard, condenación!

Cuando encontró la puerta, giró el antiguo tirador y empujó, abriéndola. El interior estaba en tinieblas y ahora reinaba el silencio.

—¡Elinor! ¿Estás ahí? —exclamó.

Tras él oyó los pasos desordenados del enano, que acudía corriendo.

En el mismo instante algo zumbó muy cerca… Algo que le obligó a agazaparse en el instante que contra la puerta sonaba un golpe tremendo que astilló la madera.

En el pasillo a oscuras, Lombard jadeó:

—¿Dónde está usted, señor?

—¡Trae una luz, algo, y pronto!

—¡Pero esta es la habitación de la señorita Elinor!

—¡Buen descubrimiento! ¿Quieres moverte de una vez?

—¡Sí, señor!

Él continuó agazapado, deslizándose de costado hasta encontrar una pared a sus espaldas.

En alguna parte de aquella negrura sonó un brusco chasquido. Luego, el silencio otra vez.

—¡Elinor! —gritó.

No obtuvo respuesta.

En el pasillo apareció la débil claridad de una vela. Lombard masculló:

—¿Qué ocurre, señor?

—¡Maldito si lo sé! Las luces no funcionan y aquí ha ocurrido algo terrible. Oí gritar a Elinor y…

—Yo también la oí, a pesar de que duermo en la otra planta…

Pero arriba había luz, señor.

La vela apareció en la puerta, alumbrando fantasmagóricamente la carátula pálida del sirviente. Éste tanteó la pared, giró el interruptor y la luz del techo se encendió, deslumbrándoles.

Vince se levantó, desconcertado. Sus ojos cayeron sobre la puerta y se quedó sin aliento.

—¡Fíjate en eso, Lombard!

El enano levantó la mirada. Sus dientes comenzaron a castañetear y de modo instintivo dio un paso atrás.

La madera estaba astillada y una pesada maza de guerra colgaba de ella, con las afiladas puntas de su bola de hierro profundamente hundidas en la puerta. La cadena y la empuñadura colgaban, balanceándose con suavidad.

—¡Cristo! —jadeó Vince—. Si me hubiera acertado, ahora estaría sin cabeza… Pero ¿quién…?

Se volvió hacia la cama.

Lo que había en ella le produjo la espantosa sensación de una pesadilla demencial.

Sin darse cuenta de lo que hacía, retrocedió hacia el pasillo, casi cayéndose porque sus piernas se negaban a sostenerle. Así atropelló al paralizado Lombard y ambos rodaron por el suelo.

El enano balbució:

—Lo… lo lamento…

—¿La viste?

—Esa maza…, sí.

—No me refiero a la maza incrustada en la puerta…

Lombard le contempló despavorido.

—¿La señorita? —jadeó.

—Sí.

Sacudió la cabezota de un lado a otro.

—No —gimoteó—. ¿Qué… qué…?

Vince se levantó como un sonámbulo y cautelosamente se aproximó otra vez a la puerta.

No se atrevió a mirar aún al lecho. Paseó los ojos por el resto del cuarto, asegurándose de que allí dentro no había nadie, y sólo entonces entró.

Aún no se atrevió a dirigir los ojos al lecho. Se acercó a los muros buscando la puerta por la que hubiera podido escapar el

intruso.

No había otra puerta más que aquella donde la maza había causado destrozos.

En la ventana, por la parte exterior, había una sólida reja de hierro. Por lo demás, estaba cerrada por dentro.

—¡Maldita sea! —jadeó entre dientes—. ¡Aviva el fuego, Lombard!

El criado entró encorvado sobre sí mismo, evitando mirar a la cama.

Vince se llenó de aire los pulmones y sólo entonces captó el extraño hedor que reinaba en la estancia.

El hedor a moho, a tierra húmeda…

Se volvió poco a poco. No tenía más remedio que enfrentarse con aquella pesadilla.

La cama estaba revuelta de un modo espantoso; tan revuelta como lo que quedaba del cuerpo de Elinor.

Un cuerpo desgarrado, con profundas quemaduras que laceraban la carne de un modo espeluznante.

El rostro de Elinor había desaparecido. Ahora era una masa negruzca, chamuscada, en la que sólo quedaba la angustiosa y horrible mueca de la boca abierta.

Del cuerpo se desprendía un hedor nauseabundo que poco a poco iba borrando todo otro olor que pudiera haber en el aire. Vince retrocedió estremecido de horror.

—¿Cómo pudo alguien… hacer eso…? —balbució.

Lombard se irguió cerca del fuego, que ahora crepitaba de nuevo, calentando el aire gélido del cuarto.

—No sé…

Llegó a la puerta en dos saltos y desde allí exclamó:

—¡Es mejor que salga de ahí, señor…, él puede volver!

—¿Quién, maldita sea?

—No sé… El que hizo eso… ¡El que manejaba la maza de guerra!

—Ojalá volviera, con maza o sin ella —masculló Vince, rechinando los dientes.

—¿Qué podemos hacer, señor?

—Habrá que avisar a la policía, desde luego, aunque cualquiera sabe dónde habrá un teléfono.

—Abajo, señor.

—¿Qué?

—No está a la vista, señor. El señor Dan Ayers detestaba ver artilugios modernos sobre sus muebles medievales.

—Ya me lo contará después. Ahora vaya y llame. Dígales lo ocurrido y que se den prisa. El enano salió trotando, alegrándose seguramente de poder alejarse de aquel lugar de pesadilla.

Vince evitó mirar otra vez la espantosa visión que yacía en la cama y sólo entonces advirtió que tenía los pies descalzos y helados.

Se dirigió a su propia habitación, se vistió y cuando volvió a salir vio a Lombard sentado al fondo, en las escaleras. El enano continuaba decidido a no acercarse a la siniestra habitación donde yacía lo que una vez fuera una mujer de extraordinaria belleza.

—¿Qué le dijeron? ¿Van a venir?

—Sí, señor. El sargento Graves está en camino. Tuvieron que sacarle de la cama.

—Supongo que eso no le habrá puesto de buen humor… ¿Puedes explicarme qué ha pasado aquí, quién ha podido esfumarse dentro de esa habitación?

—No sé nada, señor. Y prefiero ignorarlo todo…

—No resultas de mucha ayuda… ¿Podría tratarse de esa cosa blanca que vi desaparecer en la galería de la biblioteca?

—En absoluto, señor.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

El enano se turbó visiblemente.

—Quiero decir que… eso es, que usted no vio nada en la galería, señor. Se equivocó… Quizá un reflejo de las sombras…

—Mientes de un modo detestable, pero espero que cambies de opinión y decidas sincerarte conmigo… antes que te veas obligado a hacerlo con la policía.

—Le aseguro al señor que…

—No necesito que asegures nada. Sólo baja a esperar a la policía. Enciende el fuego en la biblioteca y también será conveniente preparar café en abundancia. Vamos a necesitarlo.

—Sí, señor.

Vince encendió un cigarrillo y se quedó esperando la aparición de los policías.

A pesar de sus intentos, no consiguió alejar de su mente la atroz

visión de los restos de Elinor.

Los policías llegaron casi al alba.

CAPÍTULO VII

El sargento Graves era un cincuentón bien conservado, rubicundo y de redondo abdomen que acusaba su glotonería.

Vació su tercera taza de café y suspiró.

—Nadie en su sano juicio puede haber hecho eso, señor Harvey. ¿No cree?

—Eso ya lo dijo usted antes, sargento. Tampoco nadie pudo salir por la puerta porque yo estaba en ella; sin embargo el tipo se esfumó.

—Estos castillos encierran muchas sorpresas. Quizá existen pasadizos secretos, puertas disimuladas y cosas así.

—¿En unos muros de piedra maciza?

—No cabe duda que allí dentro había alguien cuando usted llegó a la habitación. ¿Estamos de acuerdo?

—La maza que estuvo a punto de decapitarme es la mejor afirmación al respecto.

El sargento asintió. Metódicamente, volvió a llenar su taza de café, le añadió media cucharadita de azúcar y se echó atrás en la butaca, estirando los pies hacia el fuego.

A través del enorme ventanal penetraba la fría luz del amanecer.

—Volveremos a ocuparnos de cómo pudo salir tan pronto hayan retirado el cuerpo… o lo que queda de él —rezongó, estremeciéndose violentamente—. Ahora sería bueno que encontrásemos una explicación a la horrible manera como murió esa muchacha… Cómo alguien pudo hacer una cosa tan repugnante con ella.

—Tampoco tengo la menor idea sobre eso. La oí gritar, la luz no funcionaba y eso es todo. Cuando pude verla ya estaba igual que la vio usted.

—Quemaduras… profundas, y apenas unas gotas de sangre. No tiene ninguna explicación lógica.

—Cuando el médico termine arriba quizá sepamos algo más.

Vince encendió un cigarrillo. Se dio cuenta de que en esa noche infernal había consumido casi la mitad de la caja.

Estuvieron callados unos minutos, cada uno sumido en sus propios y sombríos pensamientos.

La luz del día se hizo más clara. Los dos agentes que habían llegado con el sargento aparecieron en la puerta, polvorientos, azorados y muy poco seguros de si mismos.

Graves gruñó:

—¿Y bien? ¿Encontraron algo?

—Nada, señor. Registramos todo el castillo, guiados por el sirviente… En todas partes hay polvo de siglos, pero nada más.

—¿Ninguna huella?

—En absoluto, señor.

—Un maldito matarife como el que hizo esa carnicería no puede desvanecerse en el aire… Traigan a Lombard.

Vince dijo:

—¿Hallaron el lugar de donde fue obtenida esa maza de guerra?

—No, señor. Según dice el criado, todas las armas que había en las paredes y armaduras siguen en sus puestos. Nadie ha tocado ninguna.

—No puedo imaginarme a un asesino paseándose por el castillo cargado con semejante arma… No creo que haya muchos hombres capaces de manejarla.

Graves le miró con el ceño fruncido.

—En la Edad Media la manejaban como usted levanta ese cigarrillo —murmuró—. Ahora es distinto. Estamos degenerando físicamente cada nueva generación.

—¿Va a decirme ahora que quien manejaba ese trasto era alguien de la Edad Media?

—¡Dios me libre de semejante disparate! Por supuesto que no. He oído increíbles historias de aparecidos y cosas así. En Escocia la gente es aficionada a los fantasmas, trasgos, muertos que regresan del Más Allá…, pero personalmente nunca he creído en ellos. Era sólo una manera de expresarme, señor Harvey.

—Claro, pero de todos modos se trata de alguien extremadamente fuerte. Esa bola dejó la puerta convertida en astillas.

—Hay algo que no deja de intrigarme —monologó el sargento, como si hablara consigo mismo—. Y es esa afirmación suya respecto a que el señor Dan Ayers jamás permitió que la señorita Elinor se quedara a pasar la noche en el castillo.

—Eso fue lo que ella misma dijo.

—¿No le parece sorprendente? Es como si él supiera que en caso de quedarse aquí, la señorita Elinor correría peligro…

—¿Cómo podía saberlo? Porque no creo que él albergara un asesino bajo su techo a sabiendas de que podía matar cualquier noche.

—No sé qué pensar. Me veré obligado a pedir ayuda a los especialistas de Aberdeen. O tal vez a Scotland Yard.

Alguien llamó a la puerta y los agentes empujaron al enano, que avanzó muy poco seguro de lo que iba a suceder.

Graves gruñó:

—Siéntese, Lombard.

—Estoy bien de pie, señor.

—Como guste. Le ruego que responda concisamente a mis preguntas. Imagino que ya se habrá dado cuenta de la extraordinaria gravedad de los sucesos acaecidos la noche pasada.

—Naturalmente.

—Bien. ¿Conoce usted los pasadizos secretos del castillo?

Lombard parpadeó.

—Hay dos o tres salidas secretas que nunca han sido utilizadas, si es eso lo que quiere decir.

—¿Dónde están?

—Una empieza en la bodega, o lo que ahora es la bodega. Tiene la salida al otro lado de la barrera de olmos, junto al muro de la cisterna. Otro se hundió hace años y comenzaba en las dependencias de la servidumbre, aunque ignoro dónde terminaba.

—¿Y el tercero?

—En el sótano. Ya lo he mostrado a sus agentes, sargento. Hay una gruesa reja que el moho ha soldado a la pared. Está cerrada con llave y jamás ha sido utilizado tampoco.

—¿Y dónde desemboca?

—En la cripta de los Dan Ayers, al pie de la colina. Pero le repito que jamás ha sido utilizado ese pasadizo.

—Eso lo comprobaré más tarde por mí mismo. Ahora hábleme

de la puerta secreta que existe en el dormitorio donde se cometió el crimen.

Lombard manoteó, estupefacto.

—No sé nada de eso, sargento. Puedo jurarlo. Nunca supe que existiera ninguna puerta secreta…

—Había un hombre en la habitación. Un asesino. No salió por la puerta, porque en ese caso el señor Harvey lo hubiera visto. Tampoco fue encontrado dentro. No pudo volatilizarse, digo yo. Entonces, ¿por dónde cree usted que salió?

El enano se encogió de hombros.

—Lo ignoro, si es que había alguien allí.

—¿Es que lo duda?

—Hay cosas incomprensibles en este mundo, sargento.

—Sí, ya sé; duendes, fantasmas, trasgos… demonios errantes. Pero ninguno de esos seres utiliza mazas de guerra ni comete una salvajada como la que…

—Yo no sé nada, señor.

Graves suspiró.

—Me permito hacerle observar en la responsabilidad en que incurre si por miedo u otra razón cualquiera oculta hechos que puedan ayudarnos en nuestra labor.

Lombard siguió mudo.

—Está bien, salga de aquí. Le llamaré cuando vuelva a necesitarle.

Al quedar solos, Vince comentó:

—Él sabe algo, sargento. Oblíguele a hablar.

—¿Qué quiere, someterle a tortura? Ya se ablandará.

—Pero entre tanto el asesino puede escapar.

—¿Y qué quiere usted? Aquí no acostumbramos maltratar a los testigos para obligarles a confesar —dijo Graves con cierta ironía.

La llegada del médico les interrumpió.

Era un hombrecillo de mediana estatura. Su cara delgada debía ser de natural pálido pero cuando se les acercó vieron que era verde.

—No he vomitado de milagro —rezongó, acercándose a la chimenea y tendiendo las manos hacia la lumbre—. Nunca pensé que vería una cosa como ésa en mi vida. Lo que alguien hizo con esa mujer da náuseas.

—Ya lo vimos, doctor.

—Ustedes no vieron nada… absolutamente nada —gruñó—. No tiene explicación… es incomprensible. Ni siquiera las bestias salvajes…

Vince y el sargento cambiaron una mirada azorada.

—¿Pretende decir que fue ultrajada, doctor? —tartamudeó Graves.

—Algo así.

—¡Increíble!

—Después, tenemos esas heridas… esas quemaduras. Claro que habré de analizar a fondo los tejidos y realizar una completa autopsia. Pero a primera vista parecen las quemaduras que produciría un pedazo de hierro al rojo.

Vince masculló:

—Ahí se equivoca. Semejante manera de quemarla hubiera producido humo, y no había ni rastro de humo en la habitación cuando yo entré. Ni el hedor característico de la carne abrasada. Justo comenzaba a percibirse un poco cuando me acerqué al lecho.

—Ya dije que no estaba seguro. Era la primera impresión viendo la extraordinaria cauterización de cada herida. Apenas sangraron, y algunas llegaban hasta los huesos.

Graves murmuró:

—No podré comer en una semana.

—¿Alguien tiene un poco de café? —solicitó el médico.

Vince le sirvió una taza, aprovechando para llenar otra vez la suya.

Estaba bebiendo el aromático brebaje cuando oyó el apagado estruendo de un motor. Graves dijo:

—Llega alguien… y no me gustaría que fueran periodistas. ¿Esperaba usted a algún amigo, señor Harvey?

—A nadie.

Lombard apareció poco después, escoltado por uno de los jóvenes policías.

—Acaba de llegar la señorita Pauline, señor. Era también nieta del señor Dan Ayers.

—¿Le ha hablado de lo ocurrido?

—Por supuesto que no.

—Hágala pasar.

Pauline tendría veinticinco años, un cuerpo rebosante de curvas y vitalidad en el que destacaban los atrevidos senos, el rostro picaresco y la piel nacarada de su garganta y escote.

—¿Qué está pasando aquí? —exclamó al pasar la puerta—. Polizontes por todas partes… ¿Tú eres Vince Harvey?

—Hasta que vine aquí, estaba seguro de que sí. Ahora empiezo a dudarlo…

—Pero ¿qué ocurre?

Graves dijo:

—Hubo un trágico accidente anoche, señorita Ayers.

—Usted es el sargento Graves… le conozco.

—Me halaga. Yo también la conozco a usted. He oído hablar mucho también de su… esto… agitada vida.

Ella se echó a reír.

—Apuesto que no oyó nada bueno. Todo el mundo está empeñado en endosarme todo lo peor. Y ahora, ¿alguien me dirá que pasó anoche?

—La señorita Elinor fue asesinada.

Pauline dio un respingo y palideció.

—¿Aquí, en el castillo?

Vince replicó:

—Sí, se obstinó en pasar aquí la noche. Alguien la mató en su dormitorio.

—No lo comprendo… ¿Quién, lo saben?

—Todavía no —reconoció el sargento—. Estamos investigando ahora todo el caso.

—Lo lamento. Elinor era una buena chica, aunque un tanto anticuada.

Vince trató de recordar algo anticuado en Elinor, pero no lo consiguió.

Graves recordó que era un policía y dejó de mirar el profundo escote de la muchacha.

—¿Puede decirme el motivo de su visita, señorita?

—Claro… Quise conocer a mi inesperado primo. Porque tú y yo somos primos, ¿sabes, Vince? Aunque sea un lazo familiar más bien remoto. Primos segundos, o terceros, o vete a saber.

—Elinor me habló de ti. Dijo que realmente tú y yo éramos parientes.

—Imagino que no hablaría muy bien de mí. Nunca me perdonó que le *pisara* un mequetrefe del que creía estar enamorada.

El doctor carraspeó.

—Debo irme, sargento. Si no dispone lo contrario daré órdenes para que se lleven el cadáver.

—Haga lo que guste. Pero envíeme sus conclusiones cuanto antes, doctor.

Pauline encendió un cigarrillo, descubrió el café y fue a servirse una taza. Hizo una mueca cuando lo encontró frío, pero siguió apurándolo a pequeños sorbos.

Graves deslizó la mirada por las largas piernas enfundadas en nilón, suspiró y dijo:

—Creo que no podemos hacer mucho más aquí. ¿Dónde podré encontrarle en caso de que le necesite, señor Harvey?

—Estaré aquí.

El sargento enarcó las cejas.

—¿Va a continuar viviendo en el castillo?

—Por lo menos, hasta mañana.

—Muy bien. Si no le importa, dejaré a uno de mis hombres aquí. Creo que se sentirá usted mejor sabiendo que tiene un policía al alcance de la mano en todo momento.

—Me parece una buena idea, por supuesto.

Tras una breve despedida, el sargento les dejó solos.

Pauline suspiró, con lo cual su busto presionó de tal modo la tela del vestido que Vince esperó verla estallar.

—No puede decirse que hayas tenido una buena bienvenida, Vince —runruneó.

—Hubiera podido ser mejor…

—Eso aún puede arreglarse, ¿no crees?

—¿Cómo?

—Ven, siéntate aquí, a mi lado.

Él obedeció. Pensó, no sin un ligero estremecimiento, en las palabras de Elinor relativas a que Pauline trataría de seducirle.

Lo que nunca imaginó es que fuera una mujer de decisiones rápidas, inesperadas y volcánicas.

Simplemente, le echó los brazos al cuello, le miró un segundo desde muy cerca, y después atornilló los labios en su boca y apretó.

Fue un beso experto, sabio, con todos los ingredientes necesarios

para que un hombre se sintiera volar.

Vince no voló, pero creyó que empezaba a arder por sus cuatro costados. Cerró los brazos en torno al cuerpo duro y juvenil de la muchacha y sintió como si el fuego de su boca fuera penetrándole poco a poco hasta el tuétano.

Ella suspiró, apartándose lo justo para recuperar el aliento. Pero inmediatamente volvió a hundirse en el torbellino de aquel beso increíble y todo pareció esfumarse a su alrededor… perderse en la lejanía del olvido.

Vince se dejó deslizar hacia atrás hasta recostarse contra el respaldo de la butaca. Fue entonces cuando descubrió aquello.

Estaba en la galería, casi al final, desapareciendo ya, era una mancha blanca que parecía flotar… pero sobre aquella mancha se desparramaba una larguísima cabellera negra.

Entonces, la visión se esfumó y él ya no pudo seguir gozando del beso salvaje en que se debatía.

CAPÍTULO VIII

Habían comido en la misma biblioteca. Un sol pálido atravesaba las cristaleras y el enano se movía silencioso y eficiente, entrando y saliendo.

Sirvió el café y al fin desapareció definitivamente. Pauline murmuró:

—De veras que no te comprendo… ¿Qué pasó cuando estabas besándome?

—Nada, te lo aseguro.

—¿Crees que puedes engañarme tan fácilmente? Perdiste todo el entusiasmo. Quedaste frío, si es que entiendes lo que quiero decir.

Él carraspeó.

—No sé qué quieres decir exactamente. Quizá se deba todo a que estoy nervioso e impresionado por lo sucedido la noche pasada.

—¿Quién pudo matarla, Vince?

—Maldito si tengo una sola idea. Es todo un misterio…

Ella alargó las manos y aprisionó la de él.

—Vince… ¿por qué no te vienes a Bellater conmigo? Todo aquí es sombrío, siniestro… y después de lo ocurrido nadie sabe si el asesino volverá.

—Lo pensaré.

—¿Qué es lo que tienes que pensar?

—Lo que voy a hacer en adelante. Vine dispuesto a vender este castillo en cuanto le hubiese echado una mirada. Ahora… Bueno, quiero venderlo, por supuesto. Pero detesto huir de una situación dada sólo porque no pueda comprenderla. Y alejarme ahora sería una huida.

—Ojalá no tengas que arrepentirte. Yo no pasaría una noche aquí ni por todo el oro del mundo.

Pauline se levantó. Él la escoltó hacia la salida y antes de llegar a la puerta la muchacha se volvió enfrentándose con él.

—Vince… prométeme que tendrás cuidado. Y si algo va mal no vaciles. Márchate de este lugar siniestro.

—De acuerdo —accedió—. Lo haré así.

—Me gustará mucho volver a verte… pronto.

Él la besó, y esta vez el beso casi fue de nuevo una llamarada que les envolvió súbitamente.

Después, él quedó solo y esperó a oír el rugido del coche deportivo de la muchacha antes de llamar a Lombard.

El sirviente contrahecho acudió. Estaba muy pálido y Vince observó que sus manos temblaban.

—Lo he visto otra vez, Lombard —le espetó.

—¿Qué ha visto, señor?

—Arriba, en la galería. Estoy casi seguro que se trata de una mujer… una mujer vestida con una túnica blanca o algo semejante. Y que posee una larga cabellera negra… tan larga que le llega casi a la cintura. ¿Quién es, Lombard?

—No sé… Nunca la he visto. Sigo insistiendo en que se trata de una ilusión óptica del señor. Algo que…

Vince disparó las manos y atrapó al enano por la pechera de la camisa, casi levantándolo en vilo.

—¡Ya basta! —gruñó—. Hay alguien más que nosotros dos aquí y quiero saber quién o qué es. Por última vez, Lombard…

—¡Le ruego que me suelte!

—Tienes un minuto para hablar. Pasado ese tiempo puedes liar tus bártulos y largarte.

El enano se quedó rígido.

—¿Va a despedirme? —balbuceó.

—Ya lo has oído.

—Pero no puede hacer eso, señor… ¿Quién… quién cuidaría del castillo, de usted?

—Yo sé cuidarme solo. En cuanto al castillo, ya encontraré la solución. Te advierto que el minuto de plazo está agotándose.

El enano estaba ahora más pálido que al principio. En sus extraños ojos había una mirada desconcertada, profundamente atónita.

Vince le soltó bruscamente y dijo:

—Está bien. Dentro de una hora quiero que estés lejos de aquí.

Empezó a retroceder. Vince casi sintió piedad por el tremendo

desencanto que se desprendía de toda su actitud.

—Se lo diré —susurró de pronto el enano, deteniéndose—. Se lo diré y que Dios nos ampare.

—Muy bien, te escucho.

—Ella… ella es mi hija.

Vince se quedó boquiabierto.

—¿Y por qué la ocultas?

—No está bien, señor… es como una niña pequeña, apenas habla. ¿Dónde podría llevarla? Aquí, conmigo, está segura, vive tranquila… en la torre.

—¿Cómo explicas que la policía no la haya descubierto?

—Yo les guié en su recorrido. Me abstuve de llevarles a la torre.

—Comprendo. ¿Lo sabía el viejo Dan Ayers?

—Sí. Él sentía un profundo afecto por ella.

—Debiste hablarme de tu hija desde el principio en lugar de ocultarla de ese modo.

—No la oculto sólo de usted, señor.

—¿No?

—Temo que usted no me creerá, pero existe una fuerza maligna en el castillo… un poder infernal que es quien ha matado a la señorita Elinor. Yo… quise advertirles anoche, pero temía que se burlasen de mí.

—No empieces con supersticiones, Lombard.

—Ojalá lo fueran. Gravita una feroz maldición sobre el castillo, sobre los Dan Ayers. El anciano lo sabía, por eso se negó siempre a que ninguna mujer pasara la noche aquí.

—Si tu hija puede dormir en el castillo, igual puede hacer cualquier otra mujer. A propósito, ¿cómo se llama la muchacha?

—Bricky, señor. Y sólo sale de la torre durante el día. Por la noche permanece encerrada en su aposento… donde él no puede penetrar.

—¿Quién es *él*?

—Esa fuerza… esa cosa horrible.

Vince decidió seguirle la corriente para ver hasta dónde llegaban las fantasías del enano.

—Demos por sentado que ese fantasma existe. ¿Por qué no puede entrar en la habitación de Bricky?

—A ella le protege el escudo de Hellgate… el escudo de oro.

—Todo esto es absurdo. Estamos en el siglo veinte, Lombard, ¿no te das cuenta?

—Señor Harvey… ¿Quiere acompañarme, por favor?

—¿A dónde?

—Arriba, a la torre.

—Vamos.

El contrahecho sirviente le guió por un dédalo de corredores, escaleras que tan pronto subían como bajaban, y al fin emprendieron la ascensión de un empinado tramo en espiral, después de atravesar una sólida y pequeña puerta claveteada de bronce.

—¿Está ella arriba, Lombard?

—Eso creo.

Vince jadeaba cuando llegaron al último rellano de aquella especie de tubo pétreo. Había una puerta cerrada en la que había una mirilla cerrada. La mirilla estaba protegida por una sólida reja de hierro.

Bajo la reja había algo que brillaba: Un escudo de oro.

Tendría unas cuatro pulgadas de alto por cinco de ancho y su forma era la de un peto de guerra.

En el centro tenía grabada profundamente una extraña cruz, semejante a una fantástica flor de Lys. Todo el contorno estaba aureolado por diminutas cruces semejantes a la central, coloreadas de rojo.

—El escudo de Hellgate, señor —susurró el enano, señalándolo casi con reverencia—. Él no puede pasar por aquí.

—Después me explicarás por qué y quién es ese misterioso *él*. Ahora veamos a Bricky.

Lombard dio unos golpes en la puerta y luego trató de abrirla. Estaba sólidamente atrancada por dentro, pero instantes después se abría lentamente.

Vince vio a la muchacha y apenas pudo creer que aquello fuera algo real.

Era imposible adivinar la edad que tendría. Podía estar en los veinte o los veintidós, o quizá tuviera muchos menos. No era alta, pero sí lo suficiente para que su cuerpo tuviera toda la gracia felina de una mujer joven extraordinariamente formada. Sus cabellos eran tal como él los recordaba, largos hasta la cintura y negros como una

noche sin luna.

El cuello de cisne, grácil, blanco y suave, sostenía una cabeza altiva en la que brillaban unos ojos rasgados, enormes, de reflejos dorados y que parecían mirar con toda la experiencia del mundo agazapada en ellos.

Su nariz era fina, la boca roja, turgente, que atraía casi violentamente.

Una belleza increíble, pura, asombrosa, de increíble hechizo como él nunca soñara que pudiera existir en este mundo.

La muchacha, después de dirigir una mirada al enano se volvió hacia Vince y sus ojos parecieron hundírsele en el fondo de las entrañas, penetrando en su sangre como un vértigo.

Llevaba una túnica blanca que no pertenecía a esta época y que contribuía a darle mayor misterio al ocultar completamente las líneas de su cuerpo.

—Entre, señor —susurró Lombard.

Fue éste quien cerró la puerta cuando hubieron entrado.

Vince se sentía incapaz de pronunciar palabra. Aquellos ojos enigmáticos le turbaban, desarmándole.

—Apenas sabe hablar —murmuró Lombard entre dientes—. Pero oye perfectamente. ¿No es cierto, Bricky?

Ella asintió con un leve gesto.

No era posible que aquella fantástica belleza fuera hija del engendro contrahecho, menudo y fibroso que ahora parecía mucho menos servil que en otras ocasiones.

—Dile lo que has visto en la escalera, Bricky. Él debe saberlo.

La voz del enano era dulce, casi acariciante.

La muchacha siguió sin apartar sus pupilas de la cara de Vince. Despacio, retrocedió hasta sentarse ante una pequeña mesa.

El vio un lecho con dosel al fondo de la estancia, y unas sillas antiquísimas y de incómodo aspecto.

—¿Qué es lo que viste, Bricky? —preguntó.

Los hermosos labios se movieron sin que ningún sonido saliera de ellos. Siguió intentándolo y al fin consiguió susurrar:

—Tiene… ojos de fuego…

—¿Quién?

—Él… está sostenido por el odio… y el demonio… no puede morir…

De nuevo calló. Le costaba un trágico esfuerzo conseguir articular las palabras. Entonces, Lombard explicó:

—Ella se refiere al duque de Hellgate, al último de su dinastía. La historia dice que fue muerto por un Dan Ayers cuando éste atacó el castillo buscando venganza.

—Sigue. Hay millares de historias como ésta.

—El duque era un degenerado, aunque en aquella época a eso le llamaban de otra manera. Había raptado incontables doncellas que después de proporcionarle una noche de orgía y placer desaparecían sin dejar rastro. Hasta que raptó a una hija de Dan Ayers. Eso desencadenó las iras y la guerra.

—Y el duque de Hellgate murió a manos del vengativo padre, ¿es así como sucedió?

—Ciertamente. La historia es concreta sobre esto. Pero no está escrito en ninguna parte dónde está enterrado… y así empezaron las leyendas. El duque no entró en el infierno… quería vengarse de su matador, pero los Dan Ayers eran creyentes, bravos y no se arredraban ante nada. Se apoderaron del castillo y desde entonces han vivido en él.

—¿Y…?

—Han sucedido hechos inexplicables a lo largo de los años y de los siglos. Muertes increíbles, mutilaciones… Sólo el viejo John Dan Ayers ha muerto en su cama, anciano y de muerte natural.

—Ahora comprendo la absurda razón de que sólo puedan heredar los miembros masculinos de la rama de los Dan Ayers. De este modo pueden continuar la lucha, ¿eh?

—Por lo menos, ésa debió de ser la primitiva idea.

—Ahora háblame de eso que Bricky cree haber visto.

—¡Pero ella lo ha visto, señor! Y yo también.

—Aclárame eso.

—Algunas noches las pasé en este aposento. Quería estar cerca de ella para defenderla en caso necesario. Así, en una ocasión, y a través de la mirilla, lo vi.

—¿Al duque?

—Sí… es gigantesco, lleva un peto de guerra, yelmo, gran espada y viste mallas de acero. Sus ojos parecen realmente despedir llamas, y su rostro es una máscara monstruosa, carcomida, como si… como si la descomposición de la materia se hubiese detenido a

la mitad.

—Y eso es lo que tú dices haber visto.

—¡Debe creerme! Bricky lo ha visto también muchas veces. Él sube las escaleras. Quiere apoderarse de Bricky, como se apoderó siempre de las doncellas que apetecía. Sólo le detiene el escudo. Su poder no puede nada contra él.

Vince miró a la muchacha. No creía una sola palabra de todo aquello, pero preguntó:

—¿Es cierto eso, muchacha?

—Sí… sí… Lo he visto.

—¿Le viste anoche?

—Sí.

—¿Seguro?

—Por la mirilla… sus ojos eran como llamas… adelantó las manos hacia la puerta… luego… luego las retiró. Jadeaba muy fuerte… y se fue.

—¿Es tal como lo ha descrito Lombard?

—Sí…

Él sonrió, pero una vez más aquellos ojos puros y limpios, y al mismo tiempo penetrantes, le turbaron hasta el punto de quedarse sin voz. No recordaba haber experimentado nada semejante delante de una mujer.

—Pensaré sobre todo eso —prometió, sólo por salir de semejante situación absurda—. Ahora ya no necesitas esconderte de mí, Bricky.

Lombard dijo:

—No vuelvas a salir ya, y cierra la puerta cuando hayamos salido.

—Él… volverá.

—Cierra por dentro.

Se fueron y tras ellos oyeron correrse los pesados cerrojos.

Vince pensó que si hubiera escrito todo esto en uno de sus relatos, sus editores se lo hubieran hecho comer.

CAPÍTULO IX

Esa noche le costó dormirse.

Seguía viendo las extraordinarias pupilas de la muchacha, y trataba de aclararse a sí mismo lo que le inspiraba el recuerdo.

No era el acostumbrado deseo que sintiera anteriormente ante cualquier mujer hermosa.

Era algo más profundo, más limpio. Si eso era amor no sabía si alegrarse de ello o no. Luego, pesadamente, quedó dormido.

Y la pesadilla surgió de nuevo.

El hombre erguido, fuerte, sin rostro, que le miraba desde la inmensa nada que era su cara gris.

Llevaba espada y daga, se cubría con un peto de guerra y estaba perfectamente inmóvil ante él, que, acobardado, no se atrevía a interpelarle.

—«Has venido, Vince Harvey… último de mis descendientes». Le hablaba. Si pudiera librarse de la pesadilla…

—«Matarás, Vince Harvey. Matarás con mi brazo… serás el aliento de mi muerto».

El espectro seguía allí todo el tiempo, mientras él se debatía en un marasmo de incertidumbre. Confundía su propia imagen y no sabía si estaba despierto o soñaba. Hubiera querido interrogarle, obligarle a que revelara el misterio de ultratumba que parecía llevar consigo.

—«Prepárate, sangre de mi sangre. Tienes que matar… matar… matar…».

La imagen fue desapareciendo lentamente de su conciencia.

Cuando se hubo esfumado, Vince despertó, incorporándose de un brinco. Sentía el sudor correrle por todo el cuerpo. Encendió la luz de la gran alcoba, comprobando que estaba solo en ella y que la puerta estaba perfectamente cerrada.

Pero mientras estaba mirándola, el tirador de hierro empezó a

girar lentamente, despacio… muy despacio.

Estremeciéndose, saltó de la cama y corrió a la puerta, sujetando el enorme cerrojo que la aseguraba.

—¿Quién está ahí? —gritó.

El tirador volvió a su posición original ante sus atónitos ojos. Le pareció escuchar un seco crujido al otro lado de la puerta, y después unos pasos que se deslizaran, alejándose.

Sobreponiéndose al temor, abrió la puerta y asomó la cabeza fuera.

El pasillo estaba desierto y la luz brillaba al fondo, junto al inicio de las escaleras.

Volvió a cerrar, perplejo. Estaba seguro de lo que había visto como también estaba seguro de todos los detalles de la pesadilla sufrida.

Por supuesto que no podía tratarse de nada sobrenatural. No era posible imaginarlo siquiera.

Alguien había intentado penetrar en su cuarto, como la noche anterior penetrara en el de Elinor. Y eso sólo significaba una cosa: que el asesino continuaba aún en el castillo.

Pensativo, encendió un cigarrillo. Sentía la boca seca y un oscuro temor atenazándole a su pesar.

Entonces oyó un agudo grito y un tremendo estrépito.

Saltó instintivamente hacia la puerta. El grito no se repitió, pero si el sonoro alboroto metálico.

Abrió la puerta y se precipitó fuera.

Lombard descendía del piso superior saltando los escalones de dos en dos. Ambos se reunieron en el rellano.

—¿Qué fue eso, Lombard?

—No lo sé, señor. Desperté al oírlo.

Llevaba un ridículo pijama amarillo y estaba descalzo.

—Pareció como si fuera abajo, en el vestíbulo, o en la biblioteca. Vamos.

—Han apagado las luces, de abajo, señor. Tenga cuidado.

—Esta vez, alguien va a salir descalabrado.

De un salto atrapó una enorme espada de dos filos que estaba en una panoplia sujeta al muro de la escalera.

La espada casi le escapó de las manos con su enorme peso.

—¿Cómo demonios manejaban esto? —rezongó.

Valiéndose de las dos manos levantó el arma y se precipitó escaleras abajo.

Cuando encendió la luz vio una de las armaduras derribada, desmontada y abollada como si la hubiera pisoteado un elefante.

Junto a la armadura…

—¡Dios! —jadeó.

Lombard no pudo contener un quejido y se quedó mirando igual que hipnotizado. El joven agente de policía que quedara de guardia en el castillo, yacía muerto.

Acabó de bajar y se acercó al desgraciado. En el suelo, un pie enorme había dejado una sangrienta huella.

Examinó la armadura. Había recibido algunos golpes terribles que casi habían partido las corazas de hierro por la mitad. Las mallas estaban rotas, rasgadas salvajemente.

Lombard jadeó.

—¡Ha vuelto a matar…!

—Pero ¿por qué? ¡Infiernos! Si fuera cierto…

—¿Aún lo duda?

—¡Claro que lo dudo! Llama a la policía, Lombard. Esta va a ser otra noche endiablada.

CAPÍTULO X

Tenía café preparado cuando los policías terminaron su trabajo en el inmenso vestíbulo.

Pero no entraron en la biblioteca. Vince oyó la llegada de otro coche fuera, y luego de un corto espacio de tiempo, las voces y los pasos que se aproximaban.

Su sorpresa no tuvo límites cuando reconoció al superintendente O'Reilly en compañía del sargento Graves.

—Supongo que no pensaba usted verme aparecer por esta puerta. ¿No es cierto, señor Harvey? —cacareó el policía de Aberdeen.

—No… Aunque debí pensar en ello cuando el sargento me dijo que pediría ayuda a la policía de Aberdeen.

—No he venido aquí llamado por el sargento Graves. Le aseguro que mi sorpresa ha sido enorme al enterarme de lo sucedido en este castillo.

Vince estaba llenando las tazas de café.

—Entonces, ¿a qué se debe su visita?

—Hemos hallado el testamento del señor Dan Ayers, sólo que no estaba completo.

—¿Quiere decir que se han llevado una parte de él?

—Hay que suponerlo así, ya que no pueden haberse extraviado unos papeles que estaban en un sobre lacrado y sellado. También faltan algunos legajos, pero ninguno es importante ni de época reciente.

—Esto es sorprendente.

—Hice algunas averiguaciones respecto a usted, amigo Harvey… Así supe de su suerte increíble al perder el avión que fue saboteado.

—En efecto, volví a nacer. ¿Se sabe ya quién lo saboteó?

—No, pero yo tengo una teoría, ¿sabe usted, Harvey?

—¿Qué clase de teoría?

—Alguien intentaba matarle a usted.

Eso le dejó boquiabierto, tan sorprendido que estuvo sosteniendo la taza del policía casi un minuto sin atinar a ofrecérsela.

Al fin alargó el brazo y O'Reilly tomó su taza, murmurando:

—Gracias, es usted muy amable.

El sargento Graves atrapó una taza por su cuenta y esperó a que Vince se la llenara. Después, el escritor masculló:

—No puede estar hablando en serio, superintendente.

—¡Ya lo creo que sí! Alguien desconocido por el momento colocó una bomba de relojería en ese avión para librarse de usted… para que no llegara nunca a este castillo… o lo que es lo mismo, a hacerse cargo de su herencia.

—Y asesinó a más de cien personas inocentes sólo por eso… Me parece que es usted quien empieza a ver fantasmas.

—No sería la primera vez.

—¿Que ve fantasmas?

—¿Qué? No, claro —estalló O'Reilly—. No me refiero a ningún fantasma, sino a que un criminal vuela un avión para librarse de un solo individuo.

El sargento carraspeó:

—¿No hay nadie que posea una copia del testamento del anciano señor Dan Ayers, señor? —preguntó.

—Hasta ahora no sabemos de ninguna copia. El pasante del abogado sirvió de testigo en la firma, pero desconoce el contenido. Fue redactado por el propio Leffinger en persona. El otro testigo fue la secretaria del notario, ya fallecida hace tiempo.

—No deja de ser sospechoso.

—Una esto al atentado contra el avión y llegará a las mismas conclusiones que yo, sargento. Alguien no quiere que el señor Harvey entre en posesión de la herencia, y para conseguirlo no duda en recurrir al crimen y al asalto de una oficina legal.

Vince dijo:

—Ahora va usted a relacionar los crímenes ocurridos aquí con lo mismo… con el mismo asesino y los mismos móviles.

—No me sorprendería que se tratara del mismo hombre… aunque a juzgar por lo poco que sé, ha cambiado de métodos… Esa forma salvaje de matar… es algo muy extraño.

Vince volvió a llenar las tazas de café sin que se lo pidieran.

—Se me ocurre que está usted colocando el carro delante de los caballos, superintendente.

—¿En qué sentido?

—Si fuera tal como usted dice, indicaría que había alguien que desea quedarse con la herencia. Alguien con derecho a ella si yo desaparecía…

—Ni más ni menos.

—Bueno, ¿quién? Encuéntrelo y podrá comprobar sus teorías.

—Ahí está el problema. No es tan fácil como parece. Las ramas de los árboles genealógicos en estos condados son tan complicadas como un *puzzle*. Además, existen antiquísimas leyes que algunas familias antiguas aún respetan.

—Habría de tratarse de algún pariente, sin duda —insistió Vince.

—Naturalmente.

—Usted conoce mejor a las gentes de por aquí, sargento. ¿Cuántos parientes vivos quedan de los Dan Ayers?

—Que yo conozca realmente, sólo la señorita Pauline y usted.

O'Reilly gruñó:

—¿Quién es esa Pauline?

—Una joven muy agradable. Estuvo aquí ayer…

Muy popular en Bellater, superintendente. Yo diría que incluso es demasiado popular.

—¿Qué pretende decir exactamente?

—Ha dado lugar a incontables murmuraciones.

—¿Con fundamento?

—Yo diría que sí. Se le conocen infinidad de aventuras, largas ausencias en compañía de hombres atractivos… Aunque a ella nunca le importó lo que pudiera murmurar la gente.

—Eso sólo demuestra que es una mujer de carácter firme. Por lo demás, los crímenes cometidos en este castillo no pudieron ser obra de una mujer.

Vince suspiró:

—Entonces no queda nadie y su teoría se derrumba desde sus cimientos.

O'Reilly no se dio por vencido.

—Seguiré escarbando en este asunto —gruñó—. Es un hecho

positivo que alguien colocó una bomba en el avión que debía tomar usted. También es un hecho positivo que el notario Leffinger fue asesinado y su archivo saqueado, y entre unos cuantos legajos sin valor desapareció parte del testamento que le concierne a usted. Y luego, esos crímenes salvajes…

—Si alguien se tomó tantas molestias para llegar hasta el testamento, ¿por qué simplemente no se limitó a hacerlo desaparecer, en lugar de dejar en el sobre una parte de él?

—Porque ya era conocida la circunstancia de que usted había recibido una carta del notario. Era sabido que este castillo pasaba a ser de su propiedad. Creyó que dejando en el sobre los folios en que se especificaba esta donación tendría una oportunidad de que nadie reparara en la desaparición del resto. Se equivocó, por supuesto. En primer lugar, los folios que quedaron muestran las perforaciones del cosido que los había unido a otras hojas. Después, el señor Corday recuerda perfectamente que había cinco hojas de papel, que él firmó una por una como testigo… y ahora sólo quedan dos.

—Ya veo…

—He creído que debía venir personalmente para iniciar algunas pesquisas sobre el terreno. Aunque no sospeché en ningún momento que me encontrase con una cosa tan horrible al llegar.

—Expondré todos los detalles a usted con sumo gusto, superintendente —suspiró el sargento.

Vince dijo:

—Les dejo la biblioteca todo el tiempo que necesiten permanecer aquí. Llámenme si me necesitan.

—Es usted sumamente amable, señor Harvey.

Salió al vestíbulo. Había algunos agentes allí, pero ya se habían llevado el cuerpo del policía asesinado y estaban tomando fotografías de la armadura destrozada.

No vio a Lombard por ninguna parte, de modo que emprendió la ascensión de las escaleras. Ya era hora de que diera un vistazo a la parte deshabitada del castillo.

Era un complicado laberinto de aposentos, recodos, escaleras y pasillos interminables. Había docenas de puertas, más armaduras en los recodos, armas en las paredes, tapices y cuadros oscuros y sombríos, la mayoría representando a hombres y mujeres de otras épocas lejanas, tal vez sus propios antepasados desde muchas

generaciones atrás.

De vez en cuando abría una puerta y entraba en alguna enorme estancia apenas amueblada, cubierta de polvo, oscura y sombría.

Fue en una de ellas que lo vio.

Y estuvo a punto de lanzar un grito de espanto, o de estupor, o quizá de ambas cosas a la vez.

Como hiciera en otras estancias de la planta alta, abrió una puerta y vio una habitación oscura. Por los resquicios mal ajustados de una ventana cerrada penetraba apenas luz suficiente para distinguir los contornos de los escasos muebles. Una mesa vieja y carcomida, un sillón, los consabidos tapices y algunas sillas carcomidas.

Y el hombre sin rostro frente a él.

Sintió un ramalazo de pánico. Era el ser horripilante de su pesadilla.

Aquel guerrero de largos cabellos, peto de guerra y rostro inexistente y que, no obstante, parecía taladrarle con una mirada aguda e invisible…

Luego, cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra reinante creyó comprender y avanzó, aunque no pudo evitar experimentar un leve temblor en las piernas.

Abrió la ventana y se volvió.

El cuadro era de tamaño natural. El desconocido caballero estaba pintado de cuerpo entero, y el asombro creció en él al darse cuenta de que era exactamente como lo viera en sus pesadillas. Cada detalle, el color del acero con que se cubría, la empuñadura de la espada, los rubíes que adornaban asimismo la empuñadura de la daga…

¡Era exactamente como el extraño de sus pesadillas!

Estuvo mucho tiempo inmóvil delante del cuadro, fijándose en aquella mancha grisácea que ocupaba el lugar del rostro. Sólo que ahora no experimentaba aquella sensación de espanto, no sentía la penetrante agudeza de una mirada inexistente.

Al fin retrocedió hacia la puerta, fijó en su mente la situación de aquella estancia y descendió en busca de Lombard.

Cuándo consiguió que acudiera a su llamada, le espetó:

—Acompáñame.

Volvió a subir seguido del enano. Cuando entraron de nuevo en

la habitación, señaló el cuadro y gruñó:

—¿Sabes a quién representa, Lombard?

El contrahecho individuo parecía más atemorizado que de costumbre.

—¿Por qué vino usted aquí, señor? Toda esta parte del castillo está abandonada, sucia…

—No has respondido a mi pregunta.

—Apenas conozco nada de ese cuadro… sólo que representa al Dan Ayers que mató al duque…

—¿Y por qué no tiene rostro?

—Eso no lo sabe nadie, señor.

—Debe existir una explicación. Un pintor no entrega un cuadro sin terminar, ni siquiera en la Edad Media.

—El anciano señor Dan Ayers, recuerdo que habló una vez sobre eso… Dijo que su antepasado había muerto antes de que el pintor terminara la pintura y que después, por muchos esfuerzos que hiciera el artista, jamás consiguió plasmar la cara de su modelo en la tela. Lo intentó una y otra vez y siempre fracasó. De modo que terminó por dejarlo como estaba, después de cubrir con pintura gris todos sus intentos de reproducir la cara del Dan Ayers fallecido.

—Es una ingeniosa leyenda, pero no creo que nadie pagara un cuadro en esas condiciones.

—Si se toma la molestia de examinarlo de cerca, señor, descubrirá que en el lugar del rostro hay un grueso de pintura muy superior al resto…

Vince se aproximó al cuadro y comprobó que era cierto. Incluso pasó los dedos por encima. No cabía ninguna duda de que debajo de la capa de pintura grisácea existían muchas otras hasta formar una protuberancia del tamaño de lo que debiera haber sido la cara.

—Sorprendente —murmuró—. Y mucho más sorprendente que yo haya visto esa imagen antes de ahora… incluso antes de salir de América.

El enano dio un respingo y su cara se puso verde.

—¿Qué… qué quiere decir, señor?

—No te pongas nervioso. Fue en sueños. Tuve una pesadilla y me pareció ver a un individuo exacto a ése, incluso sin rostro.

—¡Dios del cielo!

—¿Qué te ocurre? Estás temblando…

—¿No se da cuenta, señor?

—¿De qué?

—La leyenda asegura que cuando el duque de Hellgate sea vencido, muerto definitivamente, el matador verá al auténtico señor de Dan Ayers… a ese individuo del cuadro. Y que entonces éste tendrá un rostro. La cara del propietario del castillo… la cara del señor de Dan Ayers.

—Comienzo a estar harto de tus leyendas, Lombard. Vamos, cierra la ventana y salgamos de aquí… Tengo la impresión de que alguien quiere burlarse de mí.

Descendió a la planta baja a tiempo de ver aparecer al sargento y a O'Reilly procedentes de la biblioteca.

Con la mente convertida en un caos, fue a reunirse con ellos deseando oír hablar lógicamente de cosas de este mundo, no de leyendas, pesadillas, muerte y venganza.

CAPÍTULO XI

Los policías se habían marchado, pero dejando en el castillo a dos agentes esta vez. También ahora, los dos que se habían quedado iban armados con pistolas automáticas, aunque ellos parecían los primeros sorprendidos al sentirlas colgando de sus cintos, poco acostumbrados a ir armados.

Vince buscó el camino de la torre y se encaramó escaleras arriba.

Cuando llegó a la habitación de Bricky vio que la puerta estaba abierta. Llamó con los nudillos, no obstante, y luego se coló al interior.

La muchacha se incorporó. Estaba junto a la ventana y sostenía un viejo libro entre las manos.

—¿No te molesta que venga a verte, Bricky? —dijo, indeciso.

Ella sacudió la cabeza y señaló un escabel situado frente a sus pies. Vince fue a sentarse y murmuró:

—¿Sabes lo que sucedió esta noche pasada, abajo?

—S… sí…

Sus enormes ojos le escrutaban fijamente, profundos, dulces, limpios como los de un ángel.

—¿Quién te informó, Lombard?

Asintió con un gesto.

Él tardó un poco en formular la siguiente pregunta, pero al fin se decidió.

—Dime… ¿viste anoche la aparición de que me hablaste?

—¡Oh, sí!

—¿Por la mirilla?

—Si…

—Cuéntame.

—Ya sabe… subió peldaño a peldaño. Su arnés de guerra crujía a cada paso. Se… detuvo… en el rellano y alzó la visera del

yelmo…

—Y sus ojos eran de fuego… —aventuró él.

—Sí…

—¿Le viste la cara?

Volvió a asentir con un ligero gesto de cabeza.

—¿Es cierto que la tiene carcomida por la putrefacción, y que en los pómulos se le distingue el hueso?

—Sí. Es espantoso…

—¿Qué hizo?

—Nada… se detuvo… tendió las manos hacia… hacia la puerta… hacia mí… sentí un calor horrible a través de la mirilla… como si sus manos despidieran fuego también.

—¡Continúa!

—Después, dejó caer los brazos y se fue.

Él se levantó y dio unos pasos de un lado a otro.

Deteniéndose ante la ventana, contempló la suave extensión de prados que se prolongaban hasta las colinas. Las hayas sombreaban abajo, en el parque, y más lejos, al este, se alzaba una espesa barrera de robles centenarios.

Sin volverse murmuró:

—¿Por qué sigues viviendo aquí, Bricky, si debes soportar estas terribles visiones?

—¿Dónde estaría más segura? Él me quiere… me desea. Quiere apoderarse de mí… lo mismo que se apoderó de otras doncellas en el pasado. Pero no puede pasar esta puerta… aquí estoy a salvo.

Lombard le había dicho que ella apenas sabía hablar.

Vince se volvió poco a poco, mirándola estupefacto, la había descrito casi como una retrasada mental. Ahora se daba cuenta de que no era así ni mucho menos.

—Bricky… ¿Qué es Lombard para ti?

—Mi único amigo. Se dejaría matar por mí.

—¿Nada más?

—No…

—Háblame de tus padres.

—Murieron.

—¿Cómo?

—En un accidente… de caza.

—¿Sabes quiénes eran, qué les unía a Dan Ayers?

—Naturalmente.

Le miró de nuevo y él sintió una vez más la inefable sensación de ternura que le empujaba hacia ella con una fuerza irresistible.

—Termina, por favor —suplicó—. ¿Quiénes fueron?

—Mi padre era nieto del último señor de Dan Ayers.

De modo que Lombard había mentido.

—Sospecho que poca gente conoce tu existencia, aparte de Lombard y yo mismo…

—Así es.

—¿Por qué?

—El abuelo decía que corría un gran peligro, que debía vivir oculta para evitar que el duque se apoderase de mí ni que nadie me dañara.

—Me parece una decisión absurda.

Antes de que ella pudiera responder sonó un agudo claxon lejano.

Vince se acercó al ventanal, tratando de ver quién llegaba. Pero la ventana daba al ala sur del castillo y sólo vio los prados, las hayas y los robles.

Tras él, la muchacha susurró:

—Es ella que vuelve…

—¿Quién?

—Volverás a besarla, ¿sí?

Dio un respingo, azorado.

—¿Te refieres a Pauline?

Ella asintió.

—Bueno…

—Vete ahora. Está buscándote.

—Eres una muchacha muy extraña, Bricky.

—¿De veras?

—Extraña… y misteriosa.

—A mí nunca me ha besado un hombre.

Él se estremeció.

—Bricky…

—Vete ahora, por favor.

Por un instante él experimentó el deseo casi incontrolable de estrecharla entre sus brazos y besarla, apoderarse de sus labios jugosos como una fruta madura y hundirse en el vértigo de un amor

que empezaba a dominarle.

Necesitó de toda su voluntad para dominarse y retroceder hacia la puerta.

—Volveré a verte, Bricky —murmuró. Descendió las escaleras apresuradamente.

Abajo tropezó con Lombard, que le miró casi acusadoramente.

—Después quiero hablar contigo, amiguito —le espetó—. Me mentiste.

—La señorita Pauline está esperándole en la biblioteca, señor.

—No te hablaba de ella ahora.

—Lo sé.

—¡Maldita sea, Lombard! ¿No puedes reaccionar de otro modo?

—Las cosas suceden como están escritas, señor.

Lanzó un bufido y dando media vuelta se dirigió al encuentro de su despampanante parienta.

Pauline se levantó al verle. Sin ninguna duda se había tomado el trabajo de cuidar hasta el último detalle de su aspecto, porque a él se le antojó la visión más tentadora, más sensual de cuantas viera en su vida.

—¿Cómo estás, primito?

—No te burles, llámame Vince. ¿Qué deseas tomar?

—Nada ahora, gracias. He oído lo que pasó anoche. ¿Es cierto, Vince?

—Desgraciadamente, sí.

—Pero ¿quién…?

—Nadie lo sabe. Lombard opina que una especie de engendro del mal, un aparecido protegido por el infierno. Los policías opinan de otro modo.

—¿Y tú?

Él se encogió de hombros.

—Ya no sé qué pensar. ¿A qué has venido?

—Deseaba verte otra vez. Eso en primer lugar. Pero tengo otro motivo para venir a charlar contigo.

—Ajá. Sentémonos, linda.

Lo hicieron uno frente al otro. La muchacha cruzó las piernas y Vince tuvo una amplia visión de unos muslos hermosos, rotundos, arropados por una etérea nube de encajes.

—Creo que tengo un comprador para tu castillo, Vince.

Él apartó su atención de las largas piernas de Pauline y se sobresaltó.

—¿Qué dijiste?

—Si dejaras de interesarte por mis piernas y prestaras atención lo sabrías. Dije que hay alguien interesado en comprarte el castillo.

—Esta es una gran noticia. ¿De quién se trata?

—Se llama Edmund Coleman. Son dos hermanos en realidad, pero Edmund es el mayor. Les hablé de ello y la idea les entusiasmó.

—¿Y para qué diablos lo quieren?

—Bueno, eso no acabé de comprenderlo. Imagino que pretenden convertirlo en una atracción turística o algo así.

—Ya veo…

—Por supuesto, están dispuestos a pagar una cantidad razonable.

—¿Qué crees tú que debo hacer?

—No me preguntes. Es asunto tuyo, aunque actualmente opino que no encontrarás muchos chiflados dispuestos a comprar una monstruosidad como ésta.

—Sí, claro, eso es cierto. Hablaré con ellos si eres tan amable de arreglarme una entrevista.

—Lo haré con mucho gusto.

Él encendió un cigarrillo. Por alguna oscura razón, no le entusiasmaba ahora la idea de desprenderse del castillo de ese modo, para convertirlo en atracción de turistas…

—Bueno, ¿no vas a agradecerme mis desvelos?

—¿Qué?

—Ya vuelves a pensar en las musarañas, querido… Agradecérmelo, dije.

—¿De qué modo?

—Eres un búho, amor…

Tendió los brazos, le apresó el cuello y tiró de él.

Un instante después, sus labios chocaban casi con violencia.

No cabía ninguna duda de que ella sabía besar hasta límites inconcebibles de ansias y deseo, hasta el propio vértigo del abismo de pasión en que ambos ansiaban hundirse definitivamente.

Vince comenzaba a considerar las cosas desde el ángulo más atractivo para sus propios deseos, cuando descubrió la mancha

blanca en la galería…

Bricky estaba allí, huyendo ahora que se sentía descubierta.

Se echó atrás, respirando violentamente. Todo su entusiasmo acababa de enfriarse hasta casi la congelación ante el sorprendido desconsuelo de la fogosa Pauline.

CAPÍTULO XII

Acababan de cenar cuando Lombard retiró el servicio y murmuró:

—Está haciéndose muy tarde, señor.

—Lo sé.

—Será preferible que la señorita Pauline abandone el castillo, señor.

—Nadie te ha preguntado tu opinión… Oh, lo siento, Lombard. No quise decir eso.

Pauline exclamó:

—¡No necesitas presentarle disculpas! Su comportamiento es intolerable.

—Tranquilízate tú también. Lombard teme por ti, eso es todo.

—Dile que se ocupe de sus propios asuntos.

—No obstante, él tiene razón. Debes irte.

Lombard cerró silenciosamente la puerta y desapareció.

—¿De veras quieres que me vaya?

—¿Olvidas lo que le pasó a Elinor?

—Eso fue obra de algún maníaco que a estas horas quién sabe dónde está.

—No anda muy lejos, querida. Anoche volvió a matar, y la víctima fue un policía que seguramente se interpuso en su camino. Es mejor que regreses a Bellater. Por otra parte, debes hablar con Coleman antes de que se arrepienta y cambie de idea.

—Dilo de una vez. Quieres librarte de mí, ¿no es eso?

—Lo reconozco, pero sólo por tu propia seguridad.

—Siempre he sabido cuidarme sola, Vince.

Él sacudió la cabeza.

—Quiero que te vayas.

Ella se levantó, colérica.

—¡Está bien, veo que ese maldito enano ha sabido apoderarse de

tu voluntad! Me iré.

—Tómalo con calma, Pauline.

—Estoy perfectamente tranquila, pero siento la tentación de poner a prueba tu determinación de librarte de mí.

—¿Cómo podrías hacerlo?

—No sé… tal vez invadiendo tu alcoba esta noche, cuando estuvieses dormido… ¿Considerarías que esa conducta era digna de ser condenada?

—¡Cuernos, no! Pero de todos modos no sería nada sensato esta noche.

—De acuerdo, Vince. Volveré cuando haya hablado con Edmund Coleman.

La acompañó a la puerta y allí se besaron de nuevo larga, profundamente. Después, ella subió a su coche y partió.

Vince cerró el enorme portalón notando el sabor de la boca de la muchacha en los labios. Se estremeció.

Decididamente el castillo estaba maldito. En cuanto llegaban las sombras de la noche adquiría una cualidad siniestra, un silencio irreal, amenazador.

Regresó a la biblioteca y avivó el fuego. Poco después apareció Lombard y dijo:

—Bricky está llorando, señor.

—¿Qué?

—Es la primera vez que ocurre eso desde que… Bueno, desde que era una niña.

Su voz se había vuelto ronca, apagada, apenas inteligible.

—Subí para asegurarme de que había cerrado bien la puerta. Oí sus sollozos y se negó a abrirme. Y hay algo más, señor… anoche volvió a ver al duque.

—Lo sé, ella me lo dijo hoy. ¿Por qué me mentiste, Lombard? Ella no es tu hija.

—Tuve miedo. Las paredes, aquí, tienen oídos. Ese engendro espía y no debía saber que ella era descendiente directa de los Dan Ayers. Ahora la deseará más que nunca.

—Pamplinas, Lombard, pero dejemos eso ahora. ¿Dónde están los dos policías de vigilancia?

—¡Revisando todas las puertas y ventanas, asegurándose de que están bien cerradas! Tienen trabajo para rato, señor.

—Sí, por supuesto, hay centenares de ventanas.

—¿Desea algo más, señor?

—Sí, tráeme café, Lombard. Esta noche quiero velar.

El enano se sobresaltó.

—¿Velar, señor?

—Estaré despierto toda la noche si es preciso, pero quiero salir de dudas respecto a lo que ocurre aquí.

—¡Pero él le matará si le sorprende…!

—Nadie me sorprenderá desprevenido. Y cuando te decidas a contar todo lo que sabes, Lombard, me encontrarás dispuesto a escucharte.

El enano desvió la mirada. Sólo dijo:

—Prepararé café, señor.

Al quedar solo, Vince encendió un cigarrillo y contempló el fuego largo rato.

Oyó las voces de los policías en el vestíbulo. Estuvo tentado de llamarles pero al fin desistió. Ellos pensarían que estaba asustado y que el miedo era la razón de que quisiera tenerlos lo más cerca posible.

Lombard trajo el café y apenas sin emitir más que un leve murmullo se retiró. Si hubiera podido verle, Vince se hubiera llevado una sorpresa.

El enano subió a su cuarto y después de atrancar la puerta se ciñó un grueso cinturón del que pendía una afilada daga. Después, del fondo de un armario destartalado, extrajo una gran caja de madera.

Al abrirla quedó ante sus ojos una extraña cruz de oro, rematada en su extremo por una punta tan aguda como la de un puñal, aunque mucho más larga.

Titubeó aún antes de abandonar su cuarto. Luego, salió al pasillo y se dirigió rápidamente a la torre.

Había una sola luz en toda la escalera, de modo que muchos de sus recovecos quedaban sumidos en tinieblas.

Arriba, llamó a la puerta y susurró:

—¡Bricky!

La muchacha se acercó a la puerta, corrió la mirilla y él distinguió sus profundos y limpios ojos a través de la abertura.

—Quería asegurarme de que estabas bien.

—¿Qué te propones?

—¡Matarlo!

—¡No!

—¿Por qué, qué es lo que temes?

—Por ti, Lombard. Nadie puede vencerle y tú lo sabes. Le viste y no ignoras su poder.

—Estoy convencido de que está en alguna parte del sótano… quizá en la galería subterránea que desemboca en el sepulcro de la cripta familiar. Nunca aparece antes de las doce de la noche… pienso que hasta esa hora debe ser inofensivo. Si puedo sorprenderle tú estarás salvada. Y él contigo.

—Lombard…

—¿Crees que no me di cuenta de lo que estaba ocurriendo aquí?

—Ni yo misma sé lo que ocurre.

—Tú eres para mí como un libro abierto. Y Vince Harvey también. Los dos tenéis derecho a vivir.

—No vayas, Lombard. Ven, entra…

—¡No abras esa puerta! ¿Me oyes? ¡No la abras jamás de noche!

—Pero es muy tarde… él puede sorprenderte, Lombard. Abriré sólo un instante para que puedas refugiarte aquí. Estarás a salvo, conmigo.

—¡No abras!

Inesperadamente, abajo, en la escalera se oyó un siniestro crujido. La muchacha sollozó.

—¡Ya está aquí! Pronto, Lombard.

—¡No abras! —repitió el enano.

El crujido del arnés de guerra se oyó de nuevo, ahora con más nitidez. Luego, los pasos pesados del monstruo subiendo despacio, peldaño a peldaño.

Lombard susurró:

—¡Cierra la mirilla!

Tras esto se lanzó escaleras abajo.

En la mano derecha empuñaba la extraña cruz de oro como si fuera una espada corta.

Con la izquierda sacó la afilada daga al tiempo que saltaba los escalones de dos en dos.

Y de pronto, lo vio.

Ambos se detuvieron en seco.

El enano, sobrecogido de pánico, pero dominándose, resuelto a terminar de una vez y obtener así la segura felicidad de aquella virgen encerrada allá arriba y que debía rezar por él.

El engendro del infierno, alto, casi un gigante, cubierto de hierro de los pies a la cabeza, el rostro tapado por el yelmo y la visera.

Lombard gruñó:

—¡Vete, ella nunca será tuya, maldito demonio!

Del yelmo escapó una suerte de jadeo bronco, gutural. Luego, el enorme puño buscó la empuñadura de la espada.

Lombard ya no titubeó más. Se lanzó sobre él en un salto extraordinariamente ágil, enarbolando la cruz por delante.

El monstruo pareció sorprendido en el primer instante. El pequeño bólido humano llegó hasta él y la afilada punta de la cruz atravesó las mallas que protegían su garganta…

Se hundió profundamente y Lombard la soltó.

El guerrero surgido del horror ni pareció advertirlo. Volteó su manaza y el golpe tiró al enano escaleras abajo dando tumbos, casi inconsciente.

Pausadamente, el engendro descendió tras él. De un tirón arrancó la enorme espada de su funda y la enarboló como si pesara menos que un estilete.

En el recodo donde se había detenido, Lombard luchaba bravamente para sacudirse el aturdimiento. Le dolían todos los huesos, pero eso era lo que menos le preocupaba en aquellos momentos.

Entonces, el siniestro guerrero surgió ante él, la enorme espada describió un molinete y centelleó al descender como un rayo.

Lombard apenas tuvo tiempo de dedicar su último pensamiento a la muchacha encerrada en la cumbre de la torre. Luego, su cabeza saltó por los aires, cercenada limpiamente de un solo tajo, y la sangre brotó a borbotones, mientras el escuálido cuerpecillo se derrumbaba semejante a un pequeño muñeco roto.

El engendro del mal descendió unos escalones más y tomó la cabeza cortada sujetándola por los cabellos. Con ella en la mano, goteando sangre, empezó a subir otra vez.

Enfundó la espada y de un tirón se arrancó aquella cruz de oro que le había atravesado. Cuando llegó al último rellano se detuvo y alzó el sangriento despojo delante de la mirilla.

Los ojos desorbitados de Bricky se agrandaron más y un leve grito surgió por la abertura. Eso fue todo.

El guerrero del infierno se levantó la celada. Sus ojos llameantes parecieron querer atravesar el bronce de la puerta.

De su boca carcomida, en la que colgaban unos dientes amarillos, se movió dificultosamente.

—Abre…, ven… —jadeó.

Su voz era baja, ronca, como si surgiera de una profunda caverna.

Los ojos despavoridos de la muchacha no se apartaron de él y de aquel despojo que goteaba sangre.

No podían dejar de ver la cara encerrada en el yelmo de guerra, una cara carcomida por la descomposición, como mordido por mil ratas hambrientas. El hueso amarillento asomaba en un pómulo y sus pupilas sin párpados eran dos simas llenas de fuego.

De pronto, ella cerró la mirilla de golpe.

El guerrero soltó la cabeza cercenada, lanzó una especie de bronco quejido y retrocedió escaleras abajo, semejante a la encarnación del mal sobre la tierra.

CAPÍTULO XIII

Cuando el espectro irrumpió en el vestíbulo, los dos agentes de policía dieron tal salto que pareció por un instante que iban a echar a volar.

Luego, ambos echaron mano a las pistolas y uno exclamó:

—¡Deténgase donde está!

No se detuvo. Sólo sacó la enorme espada y la blandió ante ellos amenazadoramente. Uno de los policías gruñó:

—Ya no espero más.

Y disparó.

El otro le imitó y ambos, apresados por el pánico, apretaron el gatillo una y otra vez. Vieron cómo las balas blindadas abrían limpios agujeros en la coraza, acribillándola a tan corta distancia.

Pero el monstruo no se detuvo. Ni siquiera vaciló al recibir la rociada de impactos.

Las puertas de la biblioteca se abrieron violentamente y Vince apareció en el umbral, sobresaltado por los tremendos estampidos de las armas.

El estupor le dejó paralizado.

Vio cómo los policías retrocedían al fin, agotada la carga de sus pistolas. Vio cómo el engendro les seguía, manejando el enorme espadón como si fuera de simple papel.

Después, todo se precipitó en una loca pesadilla de terror y de sangre.

La espada alcanzó a uno de los policías y casi le partió por la mitad. El desgraciado emitió un largo alarido y se derrumbó.

El segundo intentó buscar refugio detrás de una enorme armadura de hierro. La espada retumbó sobre las planchas, hundiéndolas con el terrible impacto.

El policía se escabulló como pudo. Vince gritó:

—¡Aquí, amigo, corra!…

El joven policía echó a correr como un gamo, pasó junto a Vince y éste cerró y atrancó las puertas, temblando.

—¿Lo vio…, vio lo mismo que yo? —jadeó el guardia.

—Claro que lo vi…

—¡No es humano…, no es de este mundo!…

Le castañeteaban los dientes.

Vince dominó su temblor y gruñó:

—Hay que huir de aquí…

En la puerta sonó un tremendo impacto. La madera crujió.

—¡Va a entrar! —chilló el policía.

—Escaparemos por el…

Se interrumpió, con todo el pánico del infierno penetrándole en los huesos, porque acababa de ver a Bricky en la galería.

—¡Bricky! —chilló—. ¿Estás loca? Vuelve arriba…, a la torre…

—Viene por ti, Vince…

Otro estampido contra la puerta les obligó a mirar hacia allí.

Un enorme paño de madera saltó convertido en astillas, bajo el impacto de una maza de guerra.

—¡Huye! —rugió Vince—. ¿No recuerdas lo que esa cosa quiere de ti?

—Lo sé…, pero no puedo abandonarte. Te amo, Vince Dan Ayers.

—¡No me llames así!

—Ahora eres un Dan Ayers…, sólo tú puedes luchar con él. ¡Mátalo, mátalo! Se estremeció.

¿Cómo podía un hombre del siglo veinte matar a aquella cosa terrible, a aquel engendro con el poder del infierno?

La maza arrancó otro entrepaño y la figura espantable del monstruo apareció en la abertura. La maza cayó al suelo, dentro de la biblioteca, y una mano enorme tanteó buscando los cerrojos.

En un instante las puertas cedieron. Bricky gritó como una leona enfurecida:

—¡Lucha, Dan Ayers, mátalo!

El guerrero levantó la acorazada cabeza y se detuvo en seco.

Poco a poco corrió la celada del casco, dejando al descubierto el espanto de su cara. Unos ojos que eran llamas se clavaron en la muchacha asomada a la balaustrada y Vince notó cómo todo aquel gigantesco amasijo se estremecía de gozo.

—¡Ahora…, mía…! —jadeó.
—¡Maldito!
Su voz atrajo de nuevo la atención del monstruo.
Se miraron fijamente. Las piernas de Vince temblaron.
En un rincón, el joven policía gimoteaba, perdido por completo el control de sus reacciones.
En la galería, Bricky gritó:
—¡La espada, Vince, en la pared!
Se volvió. Una espada tan enorme como la del guerrero colgaba como adorno cerca de la encendida chimenea.
De un salto estuvo allí, arrancándola.
Era tan pesada que le dobló a él cuando intentó levantarla.
Vince rechinó los dientes. Sabía que aquello era el fin y se sorprendió al no lamentarlo demasiado por él mismo, pero horrorizándose al pensar en el destino de la muchacha vestida de blanco…
«Lucha… Ahora eres el aliento de mi muerte y mi fuerza es la fuerza de tu brazo… ¡Lucha, Vince Dan Ayers!».
Se irguió.
—¿Quién… quién dijo…? —balbuceó.
Levantó la mirada, pero Bricky había desaparecido.
—¡Gracias, Dios mío! —susurró—. ¡Protégela!…
El engendro se detuvo ante él, a corta distancia. La espada se movía cautelosamente y las pupilas de fuego le observaban fijamente.
—Dan… Ayers… —jadeó la horrenda visión—. ¡Al fin…!
Vince dirigió una mirada al ventanal. Si se lanzaba contra él, la cristalera saltaría en pedazos y podría escapar, seguramente con algunos rasguños, pero con la cabeza sobre los hombros.
Entonces, como una aparición, Bricky se materializó en la puerta y su voz gritó:
—¡Mátalo, Dan Ayers, mátalo!
Se estremeció de horror. ¡Ella estaba al alcance del engendro del mal, que también ladeó el cuerpo para ver a la muchacha tan cercana! Por primera vez la veía de cuerpo entero, hermosa y limpia como una virgen.
En su cerebro resonó de nuevo aquella voz apremiante:
«Lucha por ella, Dan Ayers. Y por mí…, por mi eterno descanso

jamás alcanzado… ¡Lucha, mi fuerza es tu fuerza, mi aliento el tuyo…, tu vida será mi paz!…».

El guerrero ya no esperó más. Levantó la espada y descargó un terrorífico tajo contra la cabeza de Vince.

Instintivamente, éste levantó su propio espadón para parar el golpe. Nunca creyó lograrlo.

Pero ahora su fuerza era la misma que la del engendro. Como una pluma, su espada ascendió vertiginosamente y ambas armas chocaron con un impacto terrible.

Vince saltó hacia atrás y luego atacó. Su mandoble retumbó estruendosamente contra la coraza del monstruo.

Una vez más el golpe hizo estremecer la estructura metálica que ocultaba al engendro del infierno, pero no pudo vencerlo.

Vince esquivó de nuevo una vez tras otra, parando los golpes, contraatacando, retrocediendo…

Era como una máquina de centelleantes reflejos y poder invencible.

No obstante, un tremendo mandoble del guerrero le arrancó la espada de la mano, tirándola lejos de él.

Vince retrocedió a saltos. Supo que jamás llegaría a tiempo de recobrar el arma porque su diabólico enemigo casi le alcanzaba ya.

Entonces descubrió la caída maza y la agarró de un zarpazo.

Era tremendamente pesada. La cadena que sostenía la bola erizada de puntas de acero crujió al blandirla…

Un tajo mortal pasó zumbando junto a su cabeza cuando esquivó, saltando de costado como un gato.

Loco de ira y furor, volteó la maza por encima de él y descargó un feroz impacto contra el yelmo del guerrero.

Esta vez lo consiguió. La plancha de hierro se aplastó bajo la terrible maza y una nauseabunda visión surgió entre los hierros retorcidos.

No se detuvo, no podía detenerse porque una fuerza que no era la suya luchaba por él.

Descargó la maza una y otra vez cuando él guerrero se desplomaba ante él con un tremendo ruido.

Oyó gritos como si vinieran de muy lejos y continuó machacando aquella cosa pestilente.

Los gritos redoblaron y una visión blanca surgió más allá de la

masa de hierros retorcidos, y Bricky estaba gritándole y al fin la maza cayó de su mano y él se tambaleó mientras todo daba vueltas a su alrededor.

—¡Vince! Lo conseguiste…

La muchacha tendió la mano. En la palma brillaba el escudo que protegiera su puerta. Lentamente, lo dejó caer sobre los restos del monstruo. El oro golpeó el hierro, se deslizó por una hendidura y desapareció dentro de lo que fuera coraza.

En una décima de segundo, sólo un fugacísimo instante, en aquel revoltijo informe se produjo un agudo siseo. Hubo un gran silencio y después ya no quedó el menor rastro de la masa que producía náuseas y sólo quedaron visibles los hierros hechos pedazos.

Aturdido, Vince abrió los brazos y la muchacha se refugió en ellos. La estrechó casi con violencia y luego, como en un sueño, sus labios se unieron y todo el terror desapareció mientras ambos se entregaban al éxtasis del beso como si se hubieran fundido el uno en el otro definitivamente.

Fue en aquel instante que una voz gruñó:

—Todo un espectáculo. ¿Qué ha sucedido aquí?

Dos hombres habían aparecido y ambos empuñaban sendas pistolas automáticas. Tras ellos, sonriendo, estaba Pauline.

Vince jadeó:

—¡Pauline! ¿Qué significa esto?

—Una cosa muy sencilla, querido primo… Significa que muerto tú no quedará ningún miembro varón de la dinastía para heredar.

—¿Y…?

—Sólo en el caso de no existir descendencia de varones puede entrar en posesión de la herencia una mujer. Y la única de la familia que quedará seré yo, querido. Oye, ¿quién es esa damita?

El policía balbuceó.

—¡No pueden entrar amenazando a la gente de ese modo! Suelten las pistolas, estúpidos.

—¡Cállese! Sus jefes se volverán locos tratando de entender lo que ha sucedido aquí…, cosa que a mí también me gustaría saber. Pero no perdamos más tiempo, Edmund. Mátalos ya. Debemos alejarnos lo suficiente antes del amanecer para que nunca sospechen de nosotros.

—¡Edmund Coleman! —jadeó Vince.

—Ajá, ese es mi nombre. Y ella…, bueno, digamos que es mi pasión. Y yo la suya, dicho sea de paso. Lo siento, yanqui, pero esto es el fin.

—Entonces, el superintendente tenía razón… Pusieron la bomba en el avión para acabar conmigo.

—Ni más ni menos. Eso fue obra de mi hermano Cliff. Aún no nos hemos explicado qué le salvó.

—¡Ya basta! —se impacientó Pauline—. ¡Dispara!

Vince vio tensarse el dedo sobre el gatillo. En el mismo instante empujó violentamente a Bricky y él se lanzó en dirección contraria.

La pistola retumbó dos veces.

Él cerró los dedos en torno a la empuñadura de la maza, la volteó y, soltándola, rodó sobre sí mismo, huyendo de los picotazos de plomo que le buscaban.

La maza zumbó al cortar el aire y se estrelló contra la cara de Edmund. La cara explotó materialmente bajo el impacto y el horror paralizó a su hermano el tiempo suficiente para que Vince saltara de pie y corriera hacia él.

Cayó encima del pistolero y ambos rodaron por el suelo, enzarzados en mortal abrazo. Vince atrapó la muñeca armada. El otro rugió lleno de ira.

Estaban rodando como diablos enfurecidos cuando la pistola se disparó.

Cliff Coleman se puso tremendamente rígido un instante. Después su cuerpo se ablandó y con un empujón Vince consiguió quitárselo de encima.

Atrapó la pistola y buscó con ella a Pauline.

No pudo verla, de modo que se precipitó a la puerta y la descubrió cuando corría locamente hacia la salida.

Entonces disparó, pero estaba demasiado nervioso y falló el tiro.

No obstante, el pánico obligó a la muchacha a buscar refugio en las escaleras, por las que desapareció en un santiamén.

Tras él, el policía gritó:

—¡No dispare!…

—¡Al diablo con usted!

Echó a correr detrás de la muchacha, pero le llevaba demasiada ventaja y ya no pudo descubrirla en aquel laberinto de pasillos.

En aquel instante vibró un alarido espeluznante sobre él, en el piso superior, el que jamás fuera habitado.

De modo que allí estaba…

Corrió como un tigre escaleras arriba. El alarido se repitió, apagado ahora, gorgoteante, y luego se extinguió.

En el pasillo en penumbra vio una puerta abierta.

La luz de la luna entraba por el ventanal, y así pudo ver el cuerpo de Pauline retorcido en el suelo, en medio de un charco de sangre.

Una aguda espada la atravesaba de parte a parte.

De nuevo el terror se apoderó de él ante aquella muerte incomprensible.

Al levantar la cabeza hacia el retrato, su terror se convirtió en un frío pánico cerebral, porque ahora aquel guerrero ya tenía rostro, y desde el cuadro parecía mirarle… como si él estuviera mirándose en un espejo.

Porque era su propia cara la que aparecía en la pintura.

¡La cara de Vince Harvey, ahora Vince Dan Ayers!

Corrió hacia la puerta despavorido, pero al mismo tiempo con una extraña sensación de seguridad, de poder, como nunca antes experimentara.

Bricky le recibió entre sus brazos sollozando. El policía se desgañitaba por teléfono.

—¡Arriba…, el cuadro…! ¿Comprendes? ¡Ya tiene rostro!

—Cálmate, cariño mío.

—¡Pero es mi rostro, Bricky!

—Por supuesto. Estaba escrito que así fuera. El rostro del señor de Hellgate Castle…, del que venciera al duque maldito. Ahora, tu antepasado reposará en paz.

—¡Dios bendito, es increíble!

—Lo olvidarás, Vince…, lo olvidaremos. Ella levantó la cara. Sus labios temblaban.

Él los apresó con los suyos y se dejó deslizar hacia aquel abismo dulce donde estaba el amor que había nacido entre las cenizas, la sangre, el terror y la muerte…

FIN